

ALCOHOLISMO ENTRE LOS PUEBLOS ABORÍGENES AUSTRALES

ERAN LIBRES Y ABSTEMIOS



HALLARON RESTOS
DEL BERGANTÍN CANNING

EL PADRE MOLINA

EXHA
ATELI-CA
LITERARIO

71



LA NUEVA POESÍA
DE TIERRA DEL FUEGO

Nº 71.
Punta Arenas
5 de agosto de 1995.
Valor en Chile: \$ 500.
IVA Incluido. En
Argentina: \$ 2.5.

Dr. Luis Penazzo - Analista en Hn del S.L.S.



Libertador
B. O'Higgins 1021
Punta Arenas
CHILE

Editorial Ateli Ltda.

"Venta de libros
REGIONALES"



Destaca su última gran edición:
"Cuando el cielo se oscurece", historia de vida y
testimonio alacalufe de Alberto Achacaz Walakial.

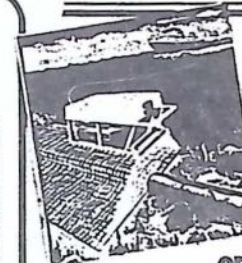
Vicente Reyes 1290 - Fono 225164
Punta Arenas - CHILE

TRANSPORTES
CONO SUR



- CARGA FRIGORIZADA
- CARGA EN GENERAL
- MAQUINAS PESADAS
- MUDANZAS
- EMBALAJES

Ovejero Nº 0974 - ☎ 214457 - ☎ /Fax 211595 - Punta Arenas



300 MTS.
Profundidad

OPERACIONES CON ROV
(Vehículos dirigidos por Control Remoto).
BUCEO PROFUNDO H₂O²
Presentes en el Estrecho de Magallanes y Atlántico Sur.
Nautilus Sermaros Ltda.

Lautaro Navarro 1006 - Oficina 908
Fonos: 243538/242282 Fax: 241145 - Punta Arenas.
Callao 2570 - Oficina 1006 - Fonos: 2333132
Fax: 2423507 - Santiago.

Aerovías Dap Ltda.

Vuelos a Río Grande
y Falkland/Malvinas



Da máxima seguridad

Libertador B. O'Higgins 889
Fono 223340 - Punta Arenas

Maderas Monte Alto

Camino norte Km 7 1/2

Fonos 213319 - 213485 * Punta Arenas

Colegio Punta Arenas

Siempre junto
a la cultura



Colegio Punta Arenas

Avenida Bulnes Nº01240 - Teléfono 214615 - Punta Arenas - CHILE

FARMACIAS AUSTRAL

"TRADICIÓN Y ECONOMÍA"

Nº1 SARMIENTO 722 241382
Nº2 LAUTARO NAVARRO 1098 241545
Nº3 AV. ESPAÑA 01375 213933

PUNTA ARENAS - CHILE

SOUVENIR - SHOP

LOCAL HAND CRAFT



LIBROS REGIONALES
BOOKS ABOUT THE REGION

- WILD LIFE
- HISTORY
- ABORIGENES
- MAPS

BORIES 404 PUNTA ARENAS /CHILE

B&G Ltda.



Empresa de Aseo

Blanco Encalada 649
Puerto Natales



"La limpieza es salud"

METALURGICA BRÁDASIC

HOJALATERÍA - CERRAJERÍA - GASIFERÍA
SOLDADURA - ESTRUCTURAS METÁLICAS
BARRACA DE FIERRO - MALLAS AHOSA

CASILLA 1044
LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 241
FONO FAX: 228236 - PUNTA ARENAS

VHF INGENIEROS LTDA.

OBRAS CIVILES

INGENIERÍA

CONSTRUCCIÓN

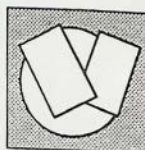
Ignacio Carrera Pinto 185 - Fono fax 225828
Casilla 1362 - Punta Arenas

Cormorán Autos



"SOLO VIDRIOS"

Parabrisas, espejos,
cristales y enmarcados
en general.



Parabrisas para todo
tipo de vehículos.

Mejicana 762 - Fono 224224 - Punta Arenas

LA SAVIA VITAL

¿Qué ocurre cuando un árbol no recibe, a través de la savia, la energía de la madre tierra? ¡Muere! Al igual que el hombre, que aunque pretenda ser autosuficiente, no es más que un simple átomo en un universo infinito y, como las plantas, sufre la influencia de la atmósfera en que vive.

Por eso es importante reencontrarse con las raíces e identidad, que, además del cúmulo de factores culturales que la conforman, contienen la presión que ejerce el entorno.

Un gran pensador decía: «La naturaleza parece hermosa, más que por serlo en realidad, porque despierta en nosotros sentimientos. Entre el hombre y la naturaleza se establecen diálogos: el hombre pregunta, y la naturaleza responde o consuela».

Y eso acontece por cuanto naturaleza significa «esencia y propiedad característica de cada ser». Lo que hemos logrado ha sido producto de nuestros orígenes y experiencias, y en la medida que seamos capaces de reconocerlo estaremos aptos para proyectar una creación vital, auténtica y que contenga la fuerza de lo real.

¡Qué triste es cuando ocurre lo contrario!

Las metrópolis han perdido su identidad, y los seres que en ellas habitan poseen una sensibilidad extraña, que ha ido siendo moldeada por un tráfico incesante en las calles, con metros y vehículos de locomoción atestados, gente impersonal, violencia, contaminación, estrés, cemento y vidrio, desequilibrio y lucha despiadada para sobrevivir y ser capaz de lograr el máximo de lo ofertado por una sociedad de consumo avasallante.

¿V dónde están la pureza del aire, del mar, el movimiento de las hojas causado por el viento, la belleza de observar la libertad de los animales, el encanto del sonido del silencio y la armonía de sentirse, cual árbol nativo, instalado donde uno debe estar?

Es comprensible entonces porqué lo artístico y cultural hoy es artificioso y comercial: han sido el producto de lo único que fue capaz de entregar una sociedad prostituida por el rey dinero y que se ha envuelto con una coraza ficticia que trastrocó lo natural, la esencia universal, y cubrió el territorio con cemento, contagió la atmósfera con humo, y reemplazó los árboles por edificios gigantescos y los sonidos originales por el atroz ruido del tumulto.

De esta realidad apabullante está naciendo lo que vende y lo que agrada a seres consumidos y aplastados, antes que han perdido la esencia y cuyos troncos son incapaces de absorber la savia de la Pachamama.

IMPACTOS Nº 71. Edición de 40 páginas, más la separata «Ateli-er literario», 5 de agosto de 1995. Valor: \$ 500 en Chile, 2.50 en Argentina. Director: Carlos Vega Delgado. Representante legal: Héctor Tenorio Vargas. Revista mensual fundada el 1º de octubre de 1989. Editada por «Comercial Ateli y Cia. Ltda.», en los talleres de «Comercial Ateli y Cia. Ltda.», ubicados en calle Vicente Reyes Nº 1290, Punta Arenas, Chile, fono 225164. Escriben en este número: Silvestre Fugellie, Ramón Arriagada S., Pedro Gamma, Carlos Brinkman Meyer, Claudio Buratovic, Alfredo Prieto, Rodemil Bitterlich Vásquez, Andrés Stummler Ceskovich, Pavel Oyarzún, Carlos Vega Delgado y Miguel Ángel Pinto.

Hallazgo de los restos del bergantín Canning

por Claudio Buratovic y Alfredo Prieto

Introducción

El estrecho de Magallanes fue una ruta interoceánica de gran importancia con anterioridad a la apertura del canal de Panamá, a principios del siglo XX.

Debido a la recurrencia del paso de embarcaciones de distinta índole y a lo difícil de la navegación, producto de los fuertes vientos patagónicos, no faltaron los naufragios en sus costas (Vidal Gormaz¹, 1901; Zorrilla², 1925; Martinic³, 1977, Prieto y van de Maele⁴, 1995). Según los registros de naufragios sistematizados por Vidal Gormaz (op.cit.), Zorrilla (op.cit.) y Martinic (op.cit.) estos ascenderían a la cincuentena en el estrecho.

Dada la importancia de la navegación a vela y el uso de la madera como materia prima de las embarcaciones, hasta fines del siglo XIX, los ambientes boscosos eran un recurso más que necesario para los navegantes. A raíz de ello, se postula que uno de los puntos de la mayor importancia histórica del estrecho fue la bahía San Juan y se da cuenta del hallazgo de un naufragio en ella.

Antecedentes generales

Para los navegantes que provenían de Europa desde los comienzos de la época del descubrimiento, era un verdadero problema contar con buenos puertos en donde se asegurarán los recursos necesarios para proseguir con el periplo presupuestado (madera, agua, carne, leña, etc.). La prolongada permanencia en el mar de sus embarcaciones, sujetas a tempestades y desperfectos varios, motivaba la necesidad de reparar las mismas en puertos adecuados. Una vez entrados en la costa patagónica la madera escaseaba sensiblemente. Sólo al arribar a la altura de la bahía San Juan, bien adentro ya del estrecho de Magallanes, era posible acceder a árboles de un tamaño adecuado a sus necesidades, esto es, la reparación de aparejos rotos o tablazones atacados por la broma marina.

Son frecuentes los casos en que aún cuando la nave hubiese sido siniestrada podían construir una menor para reorganizar el viaje. Podían hacerlo a partir de los restos de la nave siniestrada o utilizar la madera del bosque vecino. De la mayor importancia era entonces contar con carpinteros diestros en la construcción de ribera y con las

herramientas adecuadas.

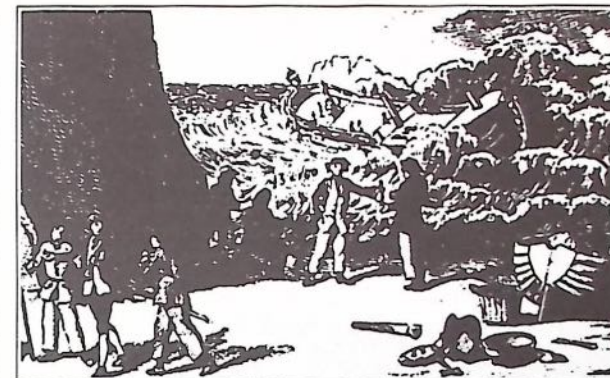
Seguramente, enfrentados a una situación límite como un naufragio, se ocupaban de salvar primeramente ese tipo de herramientas (Fig. 1).

Así, la bahía San Juan y sus alrededores (Fig. 2) fue sitio de recalada obligada de los navegantes hasta las postrimerías del siglo XIX. Y, por lo mismo, fue registrado en cartas, recomendado como buen puerto y ampliamente descrito en la literatura pertinente. A pesar de la relevancia de otros viajes, dicho lugar cobró mayor importancia al ser empleado por la misión hidrográfica del Almirantazgo como base de sus operaciones por 10 años, mientras efectuaban el levantamiento de la costa realizada en la costa patagónica. La iconografía y documentación sobre el área es extensa, tal vez la más extensa de todo el Estrecho.

Sin embargo, el paraje cobraría mayor importancia aún al fundarse allí el Fuerte Bulnes, acto a través del cual el gobierno chileno tomaría posesión de la región meridional. Desde entonces, las naves que cruzaban por el estrecho recalaban en este puerto con distintos propósitos y los naufragos llegarían en busca de auxilio.

Antecedentes del hallazgo

De acuerdo con lo consignado en el Diario de Guerra del Fuerte Bulnes⁵, el bergantín Canning se incendió en el puerto Bulnes, bahía San Juan, en la madrugada del 16 de diciembre de 1846:



Byron, figura 1.

“Me cumple el penoso deber de participar a S.S. un acontecimiento terrible que tuvo lugar en la bahía de este puerto en la madrugada del 16 del actual mes[...] El Bergantín inglés “Canning” que fondeó aquí el día precedente, de Yslay con 29 de navegación y con destino a Londres [...] el siguiente día entre dos y tres de la mañana se observó que salía un poco de humo del buque, y pocos momentos después todo él era presa de las llamas. Tal fue la violencia del fuego (cuyo origen se ignora) que apenas tuvieron tiempo los que se salvaron, de arrojarle cuasi desnudos a uno de los botes, y una hora después no se veía del Bergantín, sino el extremo del palo trinquete, habiéndose sumergido en siete brazas de agua” (Pp. 132).

Poco tiempo después de este suceso, en el cual fallecieron tres tripulantes, salvándose el resto de la tripulación, se realizó el salvataje del cargamento:

“...tengo que participar a S.S. la llegada aquí del Bergantín de S.M.B. Frolic el 22 del próximo pasado Febrero en su viaje de Valparaíso a Inglaterra, el comandante de cuyo buque me anunció el día después que tenía la intención de hacer lo posible para



Figura 2.

desprender el casco del buque sumergido[...] se dió principio al trabajo, y pasados ocho días el casco del Canning se hallaba removido del lugar en donde se sumergió a otro punto de la bahía, en el que por la menor profundidad de la agua, se suponía podría flotar con facilidad. Empezó entonces la tarea de desaguar el buque, pero después de medio día de esfuerzos inútiles para lograr este objeto, se conoció que el fondo del casco estaba dañado y se abandonó la idea de agotar la agua, seguidamente se resolvió tirarlo más a tierra, y para aligerarlo cuanto fuese posible, se desbarató la obra muerta y la cubierta y se le ataron barriles vacíos a los costados; de suerte que en cada pleamar podía flotar el casco un poco, y llevándolo cada vez algo más adentro, se logró por fin ponerlo en donde sólo hay dos o tres pies de agua cuando la marea es baja" (pp 140. Pedro Silva).

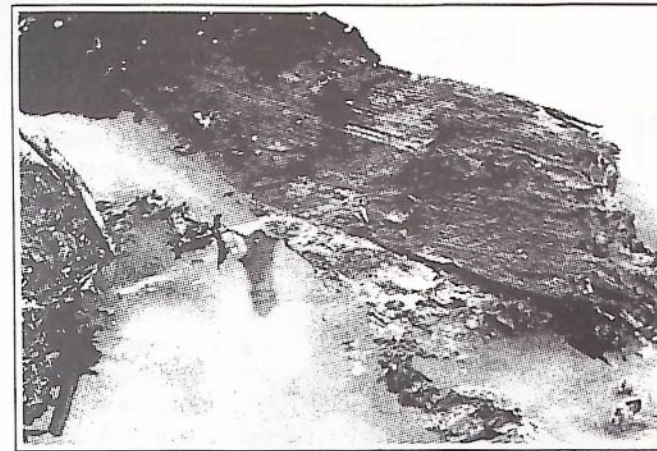
La última mención sobre este siniestro es dada por Bernardo Philippi en

una visita realizada al Fuerte (ya abandonado) el 26 de septiembre de 1852:

"...fuimos antes del crepúsculo a la playa, a fin de aprovechar la marea baja, donde vimos los restos de un...bergantín" (Martín, 1983⁶:48).

En vista de los antecedentes, se realizó una serie de exploraciones en el sector y se entrevistó a los lugareños. Se requirió de la ayuda de dos buzos los que inspeccionaron la parte norte de la bahía sin hallar vestigios. Según relataran, el suelo era muy fangoso.

Más provechosa fue una visita al dueño de los terrenos de la bahía, Walter Bitterlich, puesto que nos informó que antiguamente se podían ver restos de un barco durante las más bajas mareas del año. El cuidador de las casas del sector entregó idéntica información. Por lo que la búsqueda se concentró en la zona intermareal durante las más bajas mareas. Es así que el primero de los autores halló un madero con huellas de clavazón aflorando escasamente sobre el fango (Fig. 3) (material depositado por acarreo producto de corrientes originadas en el sistema del río San Juan) cerca de la línea de las más bajas mareas del año. Al fin, en una visita posterior, se pudo descubrir parte de las cuadernas y tabazón del bergantín inglés, algunas de las cuales presentaban huellas del incendio que fue la causa de su hundimiento. Las tablas que se encontraron por debajo de las cuadernas estaban profusamente hendidas por tarugos y cada tanto por clavos grandes y pequeños de bronce y cobre. Se podía apreciar también huellas de las láminas de cobre que cubrían el casco.



Restos del naufragio.

Conclusión

El hallazgo del bergantín Canning en la bahía San Juan ha permitido valorar los archivos documentales existentes referidos al lugar, los que, al ser contrastados, han mostrado la relevancia de una visión dinámica de la naturaleza. Este hallazgo muestra cómo la bahía ha variado ostensiblemente en los últimos 150 años. De hecho, a unos 500 m más al (hacia tierra) NN0 del naufragio se hallaron los restos articulados de una ballena de gran tamaño (Mystacoceto), la que, en las condiciones de marea actuales, no podría haber entrado tan a tierra. La presencia del naufragio y de estos restos muestran que la bahía se ha ido llenando paulatinamente de sedimentos, por lo que al interpretar los documentos se debe tener en cuenta estas variaciones geomorfológicas del terreno; las antiguas zonas de desembarco o de anclaje pueden haber migrado hacia el mar como producto del embancamiento por el fango. De hecho, este tipo de agente o depósito pudo cubrir com-

pletamente otras evidencias más antiguas aún en el sector. Los incendios en los puertos no eran infrecuentes (Prieto y Van de Maele, op. cit.), por lo que los restos de otras naves, esta vez no registradas, pueden haber quedado ocultas bajo el fango. Sería recomendable entonces, con vistas a contrastar algunas de las afirmaciones vertidas aquí, desarrollar prospecciones y excavaciones sistemáticas en esta bahía y de paso ahondar en una metodología que tendiera a un estudio que llamaremos arqueología del intermareal.

Agradecimientos: deseamos agradecer a los señores Carlos Ocampo, Johan Carro, Mauricio Gómez, Pedro Cárdenas, Paola Grendi, Nelson Aguilera y Domingo Vallegos. También al señor Walter Bitterlich y a su empleado Sr. Pedro Rumillanca por los datos brindados.

- 1 "Naufragios ocurridos en las costas de Chile".
- 2 "Magallanes en 1925"
- 3 "Historia del estrecho de Magallanes"
- 4 "Varazones de ballena y siniestros costeros en la costa nororiental del estrecho de Magallanes"
- 5 "Diario de Guerra del Fuerte Bulnes"
- 6 "Fragmento de un diario de B. Philippi en Magallanes"

LAS REESCRITURAS SOBRE EL PADRE MANUEL MOLINA

(Segunda parte)

ESCRIBE: PEDRO GAMMA

Reconstruir una personalidad en las múltiples facetas que se la conoció. He aquí nuestro propósito desde la distancia del tiempo, desde la proximidad de las inquietudes labradas por el ayer, escrudiñadas por nosotros hoy, todavía.

DEL TERCER RASTRO

He seguido con atención la serie de notas que, con marcada erudición, presentó durante tres meses Pedro Gamma en *Impactos*. Esperaba el momento en el cual se citaría al Padre Molina. Pero no fue así. Tal vez, porque la existencia del unicornio en tierras patagónicas, pensada por el sacerdote, no estuviera imbricada con lo mitológico sino con lo real que él creía se

escondía detrás de algunas pesquisas rupestres.

Borrero lamentó hace poco, cuando conversamos largamente en su sitio de operaciones arqueológicas en estancia San Martín, el clima de confusión que impera en algunas hipótesis de Molina: como secuela de una conclusión de mitómano. Esgrimí una conclusión, tal vez deformaciones del autodidacto que quiere abarcar el todo, como una suerte de alquimista contemporáneo...

Lo cierto es que quiero traer a estas reescrituras lo que Bruce Chatwin describe de él, cuando lo conoció en su claustro universitario de Comodoro Rivadavia: impresiones que figuran en su mentado libro de viajes titulados *EN LA PATAGONIA*. Porque no puede haber sido otro que el padre Molina quien inspiró al Manuel Palacios de su capítulo 36:

En Comodoro Rivadavia fui a visitar al padre Manuel Palacios, genio ecléctico del Sur. Vivía en el Colegio Salesiano, una construcción maciza de material, emplazada como una vigia entre el acantilado y el mar. La tormenta levantaba nubes de tierra y las llamaradas de las torres petrolíferas les daban un intenso tono anaranjado.

Un sacerdote parado en la puerta de la capilla conversaba con dos chicos. Tenía una hermosa aureola de rizos canosos. Las ráfagas le agitaban la sotana y le dejaban al descubierto las piernas blancas como la porcelana.

-¿Dónde puedo encontrar al padre Palacios?

Su tersa frente se arrugó. Tenía aspecto de preocupado.

-No puede verlo

-Pero vive aquí, ¿no?

-Sí, pero no recibe visitas. Está trabajando. Trabaja día y noche. Además,

está recuperándose de una operación. Cáncer -susurró esta última palabra-. Le queda tan poco tiempo...

A continuación enumero los dones del sabio de la Patagonia. El padre Palacios era doctor en teología, teoría antropológica y arqueología. Además era biólogo marino, zoólogo, ingeniero, físico, geólogo, agrónomo, matemático, geneticista y taxidermista. Hablaba cuatro lenguas europeas y seis indígenas. Estaba escribiendo una historia general de la orden salesiana y un tratado sobre las profecías bíblicas acerca del Nuevo Mundo.

-Pero, ¿qué hacer con todo lo que escribe?- dijo el padre con una risita.

-¡Qué responsabilidades sobre nuestras espaldas! ¿Cómo proteger estos tesoros? ¿Cómo publicarlos?

Dicho esto, chasqueó la lengua con gesto preocupado.

-¿Por qué quiere verlo?- me preguntó.

-Entiendo que es experto en cuestiones indígenas.

-¿Experto? ¡El mismo es indígena! Bien, lo llevaré a verlo, pero no le prometo que lo verá.

Sin desanimarse frente a la tormenta de tierra, el sacerdote estaba sentado en una

arboleda de tamarindos, enfrascado en un manual norteamericano de ingeniería aplicada. Llevaba boina azul y un bolsudo traje gris. Los pliegues de la piel, semejantes a los de una tortuga, le caían sobre el cuello clerical de celuloide. Me ofreció una banqueta y me invitó a que me sentara a sus

pies. Seguidamente ofreció a su colega una silla que alguien había rescatado del fuego, aunque un poco tarde, y consultó su reloj de plata.

-Tengo media hora para usted, en la que le bosquejaré la prehistoria de la Patagonia.

El padre Palacios me abrumó de datos: Estadísticas, carbón radiactivo, migraciones de hombres y animales, regresiones marinas, movimientos sísmicos en la cordillera o aparición de nuevos accidentes. Dueño de una

memoria fotográfica, era capaz de describir con gran detalle cada una de las pinturas sobre rocas existentes en el Sur. "En el Segundo Bosque Petrificado hay una representación única del milodonte... en Río Pinturas encontrará una manada de paleo-llamas y los hombres llevan gorras fálicas... un segundo fresco ilustra el uso de los señuelos que describe Pigafetta... En Lago Posadas hay un combate mortal entre un



macrauqueno y un esmilodonte..."

Tomé cuidadosas notas. El padre, con la sotana agitada por el viento, permanecía junto a los restos chamuscados de su silla y repetía:

-¡Qué inteligencia! ¡Padre mio! ¡Qué sabiduría!

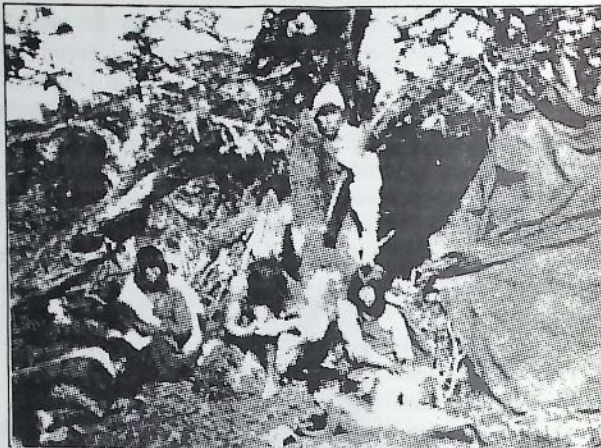
El padre Palacios sonrió y continuó hablando. Noté

sin embargo, que había dejado de dirigirse a mí y que, en lugar de ello, contemplaba el cielo y dedicaba su monólogo a las nubes amenazantes.

-¡Oh Patagonia! -exclamó-. No entregas tus secretos a los tontos. Llegan expertos de Buenos Aires y aun de Estados Unidos. ¿Y qué saben? Sólo cabe asombrarse de su ignorancia. No hay un solo paleontólogo que haya desenterrado los huesos del unicornio.

-¿El unicornio?

-Ni más ni menos, el unicornio. El unicornio patagón existió en la misma época que la extinguida megafauna del período pleistocénico tardío. Los últimos unicornios fueron cazados hasta su extinción, pero los hombres del quinto o sexto milenio antes de Cristo. En Lago Posadas verá dos pinturas de unicornios. Uno tiene el cuerno enhiesto, como en el Salmo 29 "Exaltarás mi cuerpo como exaltas el del unicornio". El otro está por cornear a un cazador y trota por las pampas, tal como lo describe el Libro de Job (En Job. 38:21. es el caballo que "trotas por el valle", mientras que en los versículos 9-



10 se establece que el unicornio es indigno de arrastrar el arado).

La conferencia se fundió en un viaje fantástico. Los naturales de las Marquesas ataron sus canoas en los fiordos del sur de Chile, escalaron los Andes, se radicaron junto al Lago Musters y se mezclaron con la población indígena. El padre Palacios describió su propio descubrimiento, en Tierra del Fuego: la escultura de una mujer sin cabeza de tamaño natural y cubierta de ocre rojo.

-¡Dios mío! ¡Qué conocimientos!

-¿Tiene fotografías? -le pregunté.

-Claro que las tengo -dijo, sonriendo otra vez- pero no son para publicación. Y ahora, quiero hacerle una pregunta. ¿En qué continente apareció por primera vez la especie humana?

-En África.

-¡Falso! ¡Totalmente falso! Aquí en la Patagonia, seres sensibles durante la Era Terciaria presenciaron la formación de los Andes. Un antepasado del hombre vivió en Tierra del Fuego antes que el australopiteco

africano. Más aún -añadió como al descuido-, el último de ellos fue visto en 1928.

-¡Genial!

El padre Palacios pasó a delinear la historia (que posteriormente publicó en una revista especializada) del Yoshil.

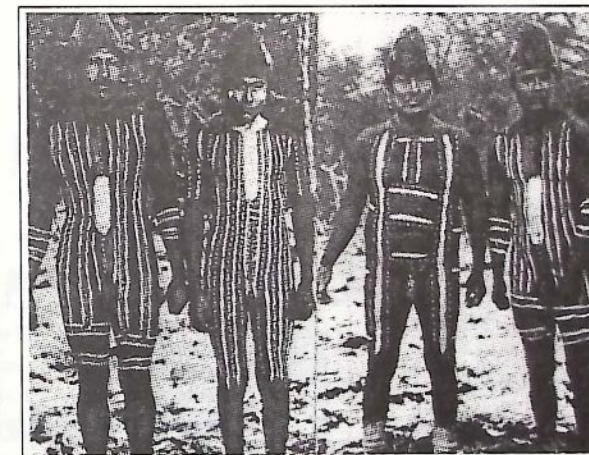
El Yoshil, nombre de origen indio, era parecido, y quizás aún sigue siéndolo, a un protohomínido sin cola, con pelo con textura de líquen de un tono verde amarillento. Tenía unos ochenta centímetros de talla, caminaba

erecto y vivía en el territorio del Haush. Siempre iba armado con una piedra o un corto garrote. De día vivía en los árboles de nire (Notofagus antártica), pero de noche se calentaba junto al fuego de los cazadores solitarios. El Yoshil fue, probablemente, vegetariano y se alimentaba de frutos silvestres, hongos y los gusanos blancos que son alimento básico del pájaro carpintero magallánico.

La primera relación moderna sobre el Yoshil fue la del cazador Haush, Yioi:molke, quien vio a uno cuando estaba cazando pájaros bobos en Caleta Yrigoyen en 1886. El último avistado con certeza fue el que identificó en 1928 el cazador Pai:men. Pero el encuentro más impresionante fue el del indio Paka, informante del padre Palacios, en la época de la Segunda Guerra Mundial.

Paka estaba acampando solo en el bosque cuando apareció un Yoshil junto al

fuego. Conocía Paka su fama de peligroso y tomó su arco, pero el animal dio un salto y desapareció. Paka temió ser asesinado si se dormía y pasó la noche con su arma preparada y al alcance de la mano. Se aproximó el Yoshil. Disparó la flecha y oyó un alarido de dolor. Por la mañana, encontró el cadáver a pocos metros. Con el consiguiente horror, comprobó que el animal tenía los mismos rasgos que su propio hermano, quien había muerto hacía poco.



Excavó una tumba, sin poder decidir si estaba enterrando a un Yoshil o bien a su hermano por segunda vez.

-He decidido -prosiguió el padre Palacios- llamar a este ser FUEGOPI-THCUS PAKENSIS. El nombre es provisorio, sin duda. El Yoshil puede pertenecer a la misma especie que el otro protohomínido patagónico, el HOMUNCULOS HARRINGTONI de Chubut. Sólo el material de esqueletos puede esclarecer el asunto.

-Díos! ¡Qué ciencia!

Algo más adelante, en el capítulo 40 CHATWIN llegará al Lago Posadas y escribirá:

"El Cerro de los Indios era una masa de basalto con estrias rojas y verdes, liso como bronce patinado y con fracturas lineales. Los indios habían elegido el lugar con un ojo infalible frente a lo sagrado. Desde el pie de la mole contemplé el contorno turquesa de los lagos Posadas y Pueyrredón, que se extendían a través de un corredor de rocas purpúreas, entrando en Chile. En cada saliente los cazadores habían pintado los animales de la caza en ocre rojo. También habían pintado sus propias imágenes, diminutos hombres hechos con puntos y rayas, saltando con una gran energía. Se cree que estas pinturas tienen unos diez mil años".

"Solitario en su planicie rocosa, el unicornio del padre Palacios, exaltaba su cuerno, tal como aparece escrito en el Libro de los Salmos. Tenía un ancho pescuezo y un cuerpo triangular".

"No puede ser muy viejo", pensé. "Tiene que ser un toro visto de perfil".

"Pero sí era de verdad viejo, tenía que ser un unicornio".

DEL CUARTO Y ÚLTIMO RASTRO

El padre Molina nació en Pichi-Leufú, provincia de Río Negro, el 1 de

diciembre de 1904. Sus padres eran chilenos: Encarnación Parra, que falleció de pulmonía cuando él apenas llegaba a los cuatro años, por lo que su padre, José -chono de raza-, debió acomodar su situación, dirigiéndose al centro del Chubut. En ese tiempo Manuel y otro de sus seis hermanos ingresa al colegio salesiano de Rawson. Iniciado en el sacerdocio se doctora en teología el 28 de junio de 1932, ordenándose el 3 de julio de aquel año.

Su primer desempeño santacrucense fue en Río Gallegos, años después en el naciente yacimiento de Río Turbio será su capellán, iniciando también sus estudios sobre el carbón fósil.

Docente en el salesiano de Gallegos, hizo participar a sus alumnos en todas sus investigaciones. La más recordada por ellos fue la

búsqueda de los restos de las fundaciones de Sarmiento de Gamboa, emplazamiento por él señalado en enero de 1956 en las proximidades de Cabo Vírgenes. Ya con apoyo de la naciente universidad salesiana de Comodoro, se dedicará al estudio de las pinturas rupestres, y será en esta casa donde continuará su desempeño para recibir poco antes de morir el título de DOCTOR HONORIS CAUSA de la misma.

Es por ello que quiero cerrar este rastro transcribiendo algunas de sus reflexiones sobre los pueblos fueguinos que él quiso conocer, dejando las conclusiones del lado



de la incredulidad o la certeza que a mí, como lector de su libro PATAGÓNICA, editado en Italia por el Centro de Estudios de las Misiones Salesianas, se me dio por experimentar hace ya unos quince años.

*) Se menciona la subida al espacio de algunas parejas, como si alguna antigua cultura humana hubiera ya dominado la técnica aérea y los viajes interplanetarios. La Biblia misma, en su faz más antigua, nos habla del patriarca Enoc que subió al espacio, donde sigue viviendo. Y en su faz reciente, nos habla del profeta Elías, que sube a los espacios en un carro de fuego.

**) Es llamativo que en épocas lejanas ya se utilizaran explosivos, de naturaleza desconocida, que se empleaban como granadas o como minas.

***) También es significativo que en épocas tan remotas ya hubieran descubierto los hombres algún artefacto inalámbrico para comunicarse a distancia con los otros hombres, como lo dice el mito de Kuánep.

****) Todo esto, conectado con una cantidad de datos tradicionales que nos llegan de las más diversas fuentes,

nos autorizan a pensar que no sería la primera vez que la humanidad conquista una civilización elevada. Si la humanidad actual, en pocos miles de años ha pasado de la edad de piedra a la conquista del espacio, todo nos autoriza a pensar que, si el hombre ha sido siempre inteligente, pudo alcanzar, dentro de los 200.000-300.000 años, la forma de almacenar conocimientos y de transmitirlos a las generaciones sucesivas sin

necesidad de contar con los medios y la técnica de la humanidad actual.

*****) Y de esa forma pudo llegar a un alto grado de cultura. Utilizando medios y técnicas diferentes alcanzó a domar las leyes de la naturaleza física y de la naturaleza humana; dominó la metalurgia de los metales en una escala muy superior a la técnica actual, lo cual le permitió lanzarse a la conquista de los espacios con vehículos tripulados y hundirse en las profundidades del océano, donde bien pudo tener sus instalaciones industriales.

...hubieran descubierto los hombres algún artefacto inalámbrico para comunicarse a distancia con los otros hombres, como lo dice el mito de Kuánep.

Vaya a saber por qué motivo el Padre Molina apuntó a estas conclusiones tan poco ortodoxas para un hombre de su fe. O quien sabe fue la fe su regulador intelectual, que lo llevaba más a una necesidad de Creer que de Saber, en apurar sus conclusiones, tratando de demostrar -quien sabe- la existencia de una "cultura superior" desaparecida en nuestro archipiélago, de la cual los selk'nam resultaban ser herederos inhábiles de conocimientos en vías de extinción.

Tal vez el padre se sentía caminando por las cornizas de eso que los convencionales llaman cordura, y por ello temía dialogar sobre estas cosas -que finalmente dejó escritas- con algunos niños, que, como yo, en aquella infancia fueguina de los años 60, comenzaban a conocer e imaginar el universo, desde este espacio austral/astral.

"SI NO AMANSO, ESQUILLO"

ROMEDIL BITTERLICH
VASQUEZ

Vivía con su madre en una casa que estaba en la playa más allá del frigorífico Natales. Su padre trabajaba en Argentina y José realizaba mil cosas para colaborar con el sustento de su familia; tanto era pescador o carpintero arreglando cercos y él se decía amansador de caballos. Por eso sus amigos lo apodaron "Si no amanso, esquillo".

La madre de Quiroga era muy anciana, pero se las arreglaba para que su hijo anduviera bien arregladito y limpio, especialmente los sábados y domingos cuando lucía muy elegante; le gustaba mucho el baile.

En el frigorífico Bories trabajaba como descarnador de cueros, trabajo consistente en sacar los restos de carne que quedaban en la piel del animal cuando el carnicero los dejaba mal carneados. Los cueros podían ser de corderos, capones, ovejas o cojudos. Esta labor se realizaba con "cuchillón", una herramienta bastante pesada.

En ese tiempo, el frigorífico faenaba más de tres mil animales diarios. En ese trabajo, demasiado pesado para su pequeño físico, se encontraba mi amigo Quiroga. Era un tanto

tartamudo y contestaba con dificultad:

-Yo hago estos trabajos pesados, porque gano más y así ayudo a mi viejita.

Terminada la faena marchaba a trabajar en los arreos de las estancias argentinas. José se reía de su defecto lingüístico y decía:

-Si no puedo decir las cosas hablando, las digo cantando.

Tomaba la guitarra y cantaba bastante bien. A veces le costaba mucho empezar; se le enredaba la lengua y echaba a perder todo.

Al regresar de Argentina, conseguía nuevamente trabajo en Bories. Por las tardes, cansado, no permitía bromas. Regresaba a la estación por la parte de atrás de los galpones para llegar a la máquina y no encontrarse con algunos de sus compañeros, que le hacían chistes de mal gusto por su modo de caminar. Él decía que era por culpa de un caballo que lo había volteado cuando estaba amansando. Al oír esta explicación los demás reían, pues sabían que era un mal jinete.

Al regresar a los carros para llegar a Natales, Quiroga se quedaba dormido. Era tanto su agotamiento que lo dominaba el sueño. En algunas ocasiones se acompañaba de Rigoletto, pues iban por la misma calle, eran muy amigos y ambos tocaban la guitarra.

Una mañana, cuando llegaban a la matanza del frigorífico, todos se sorprendieron cuando lo vieron muy contento. Los trabajadores le preguntaron:

-¿Qué te pasó, José?

Él respondió como hombre ganador:

-¡Por fin, vamos a tener una compañía de bomberos en Natales!

Invitó a todos para asistir a una reunión en la calle Eberhard, al lado de José Iglesias. Realmente estaba entusiasmado. Sus compañeros comenzaron a verlo con otros ojos, y ya no fue objeto de burla, sino una persona que se interesaba en los demás y que estaba dispuesta a colaborar en beneficio de la comunidad.

Incansable continuó buscando socios y en invierno, un 29 de mayo, se fundaba la Primera Compañía de Bomberos, "Bomba

"Natales", en la que se encontraba José Quiroga como socio fundador y primer pistonero.

Como la gente no sabía lo que era un pistonero, le consultaba. Tardaba bastante en responder, pero cuando tomaba fuerza podía decir todo un discurso con explicaciones adecuadas y correctas. Su prueba de fuego fue el incendio de la curtiembre del frigorífico Bories, que según los rumores de la época fue provocado por la propia Sociedad Explotadora.

Quiroga tenía predilección por el fútbol, las regatas y sobre todo por el baile. Le gustaban los tangos. Las noches de sábado eran su gran alegría, pues podía mostrar sus dotes de bailarín. En un baile en el Club Natales, tocaba la orquesta más popular de aquellos tiempos, formada por Miguel

Gómez, Alejandro Díaz y Zúñiga en la guitarra. Con los primeros sonidos musicales buscó en forma apresurada una pareja para bailar ese tango.

Amparo Álvarez era una mujer muy alta, bien educada y muy simpática. Cuando vio a Quiroga se levantó de su asiento y José recién se dio cuenta de su equivocación. Se puso tan nervioso que no le salió palabra alguna frente a esta señorita, que para él era de gran estatura. La música finalizó y él estaba allí, sin poder decir ninguna palabra. Lleno de vergüenza, se sentó un momento y después salió tan ligero del lugar que dio la impresión que lo perseguía el mismo Lucifer.

El lunes, los compañeros, que sabían lo que había ocurrido, le preguntaron:

-¿Cómo está tu novia?

-¿Bailaste mucho con tu petisa?

A Quiroga se le despertó el demonio que llevamos dentro y comenzó a insultar a los trabajadores del establecimiento. Tomó su cuchillón y amenazó con matar a cualquiera

que se le acercara. Corrió por la matanza gritando y llorando. Afortunadamente intervino el capataz Marín, que puso orden y envió a todos a reintegrarse a sus trabajos.

A Quiroga se le descompuso el genio. Cada día estaba más grosero. Sólo se apaciguaba en la Compañía de Bomberos, especialmente los viernes, cuando los que sabían más de cuestiones bomberiles realizaban instrucción a los nuevos voluntarios.

Aun así comenzó a sentir un especial rencor por el voluntario Wilson, que era un hombre macizo de un metro ochenta de estatura.

No perdía oportunidad para demostrarle su odio, que seguramente se debía a que también realizaba las funciones de pistonero.

Wilson lo miraba desde su al-

tura y se reía de las amenazas de Quiroga, que debía medir alrededor de un metro cincuenta. Todo esto resultaba divertido para los demás al apreciar la enorme diferencia de tamaño de los rivales.

Quiroga enfermó y perdió su trabajo en Bories. Pero no descansó: fue minero en Río Turbio y carpintero en una empresa. Sin embargo, su salud estaba resentida y no podía trabajar.

Se encontraba en un estado misérrimo, cuando solicitó permiso para cuidar lo que quedaba del Sindicato de Campos y Frigoríficos, que por esas cosas del destino había pasado a manos del cuerpo de bomberos por la desaparición del sindicato.

Allí murió. Solo y pobre. Nadie recordó los sacrificios de José Quiroga cuando en muchos siniestros acudió lleno de fe a salvar la propiedades ajenas. Y cuando lo fueron a enterrar, nadie supo que llevaban a uno de los fundadores del Cuerpo de Bomberos de Puerto Natales.



BREGAMOS POR UN MUNDO MEJOR

por Andrés Stimmler Ceskovich

Dios formó lindas las flores
delicadas como son,
les dio toda la perfección
y cuanto Él era capaz,
pero al hombre le dio más
cuando le dio el corazón.
Le dio claridad a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dio vida y movimiento,
dende la águila al gusano,
pero más le dio al cristiano,
al darle el entendimiento.

Eso lo pensó, sintió y escribió el gran poeta argentino José Hernández, en su obra galardonada, Martín Fierro.

Sin embargo algo le falla al hombre. A pesar de su sabiduría, el entendimiento con sus semejantes es cada día menor. Son ingentes las fortunas que se malgastan cada día. El miedo causa estragos en el mundo: anula el amor, siembra la duda, la incertidumbre, la desconfianza. Con la mente ofuscada el hombre olvida los buenos modales de convivencia y se

vuelve codicioso, agresivo, intolerante. Se vale de pretextos para justificarse, siendo una sola la verdadera razón: Falta de amor; el miedo lo ha anulado.

Nuestros sabios han logrado incentivar una de las industrias más colosales de todos los tiempos: la cohería. Dando así, al mismo tiempo, un gran adelanto a la astronomía. Tanto que actualmente la ciencia en esa especialidad está más avanzada que en la geología. ¡Qué formidable!

Lo curioso y muy triste del caso es que nos ufamamos para alcanzar distancias siderales, de dudosa utilidad, y descuidamos, por ejemplo, el calor natural del globo, que a muy poca profundidad se encuentra y que nos podría prestar valiosísimo servicio.

Los sabios admiten: "Sabemos tan poco de la estructura interna de nuestro planeta que nos avergonzamos". Escribió Alberto Einstein, hace como cincuenta años: "Solamente la milésima parte del radio terrestre ha sido explorado hasta la fecha." (Hoy se conoce un poquito más). Pero, a pesar de esos escasísimos conocimientos, el hombre especula con viajes interplanetarios y también, intergalácticos. Es decir, fuera de la biosfera, en el libre espacio donde la vida de cualquier criatura terrestre no podría subsistir ni un décimo de segundo.

Así vamos. Hemos llegado a la luna. Estamos explorando la vastedad del universo. La codicia es insaciable, pero lo estamos haciendo en bien de las generaciones futuras. Desde que el mundo es mundo al prójimo se lo toma en cuenta ... en retórica. Amar al prójimo como a sí mismo, se declama. No se practica, porque no es rentable.

Por encima de todos los cráneos prevalece la sabiduría popular que a diario se revela: "No hay mal que por bien no venga". Trascendió que en una isla paradisíaca de Polinesia, un cacique que vio partir el cohete tripulado, excitado se dirigió a sus congéneres y exclamó:

"¡Pronto ser tierra nuestra otra vez, hombre blanco se va a la luna".

LIBROS

Recibimos una carta tierna y breve desde Castelar, que dice: «Amigos de Impactos: Pertenezco a un grupo de Poesía Experimental llamado Paralengua. Realizamos lecturas en bares y teatros de Buenos Aires. Les envío algún material sobre Paralengua y mi libro «La Comadreja». Me interesa conocer el trabajo de ustedes. Un beso grande. Andrea.».

LA COMADREJA. Andrea Gagliardi. Editorial «El Caldero». 64 páginas, en papel blanco de 77 gramos y tapas en couché con una policromía impresa. Veinte poemas.

Ella es el Hada Resplandeciente entre Niños /Azorados

Cuando aparece hasta las cucarachas se detienen suspendemos la sopa de municiones y nos quedamos mirando sus Cabellos de /Ángel

después viene Abuela con su rictus y nos sumerge en la Olla Grande Ella se va me deja librado a mi suerte a partir de ese momento al destino me lo /forjo yo.

(Mago)

¿Y qué es PARALENGUA?

Un evento anual, que comenzó en 1989, que se define como un espacio poético aglutinador de aquellas propuestas que intentan una alternativa frente a la «tradicional técnica» del libro como soporte y de la escritura impresa en los modos usuales. Se habla entonces de «la otra poesía» a partir del empleo de un soporte diferente (escenario, cinta magnetofónica, papel para gráfica, voz, etc.) y de una diferente técnica interpretativa (gestualidad, oralidad, graficalidad, etc.). De esta manera, a los modos clásicos pero aggiornados del teatro, dibujo, canto, tridimensionalidad, danza, fotografía, recitación, tipografía, se suman los más novedosos como el video, la multimedia, la computación, las grabaciones y todas sus combinatorias posibles.

TAMAÑO OFICIO.- Recibimos el N° 14 de la revista TAMAÑO OFICIO, de junio de 1995, correspondiente a su décimo aniversario. Entre sus títulos destacados están un texto de Fermín Estrella Gutiérrez, Los siete locos de Roberto Arlt, W. G. Weyland un escritor argentino, entrevista a Julio Cortázar, Recuerdos del Príncipe, Poesía y Filosofía: un homenaje a Walter Adet, sección libros, ensayo, narrativa y poesía.



El egotismo

por Booz

Tal vez podríamos llamarlo egocentrismo, esa exageración de la propia personalidad, cuando los ñatos se consideran el centro de la atención y de la actividad general; o bien simplemente egotismo, ese prurito de hablar de sí mismos; o fatuidad, la presunción, la vanidad infundada y ridícula; o tal vez pedantería, el engreimiento e inoportuno y vano alarde de erudición. En fin, hay tantas acepciones para designar a quienes se les sube el humo a la cabeza.

Narcisos hay muchos, pero los narcisistas ya dan la vuelta al mundo en ochenta milésimas de segundo.

Eco era una ninfa muy bella. Cierta día que cantaba con voz clara y armoniosa una canción más dulce que los trinos de los pájaros, el sátiro y deforme Pan, más feo que rata con piel de araña, la escuchó y viéndola cerca de los matorrales donde se ocultaba, quedó prendado de su hermosura. Se acercó a la virgen maravillosa de ojos celestes y le propuso matrimonio. La niña al ver el horrible sátiro de orejas peludas, saltó entre las matas y huyó veloz, seguida por Pan. Fatigada y temerosa se refugió en una caverna profunda. De allí invocó repetidamente al joven cazador Narciso, a quien amaba, esperando que acudiera en su ayuda. El joven escuchó el llamado de Eco y lo siguió oyendo día y noche, pero como era un orgulloso de su propia belleza no le dio importancia a los clamores de la ninfa, dejándola en el lugar donde estaba perdida. El cuerpo de Eco se deshizo y sólo quedó de su voz la última sílaba del llamado, que constantemente repite.

Narciso estaba tan pagado de su pro-

pia belleza, que no se dignó contestar las invocaciones de la ninfa. A consecuencia de ello los dioses lo castigaron inculcándole una pasión extraña: se enamoró locamente de sí mismo y de su propia figura hasta el punto de casi perder la razón. El joven descubrió su imagen reflejada en la laguna y quedó fascinado de ella. Alucinado y tembloroso permaneció largas horas con los ojos fijos en el tranquilo espejo del agua y lentamente comenzó a convertirse en una florecilla blanca y dorada, la que hoy se reclina sobre la extensa hierba a orillas de la laguna.

Un pobre escritor y escritor pobre como la mayoría de los literatos, recibió un premio de poca monta, pero desde ese momento se creyó la papa de la cazuela. Caminaba por la larga y casi única calle de la ciudad como en volandas, saludando a toda la gente conocida y también a quienes no conocía ni le conocían, imaginándose ser el Vip, la persona más importante del pueblo. A veces se detenía ante un escaparate y en vez de mirar las ofertas contemplaba su figura contrita a la que adornaba, sin embargo, de irreales atributos. Luego seguía su marcha taconeando fuertemente como si dijera a cada rato «aquí vengo yo». Sus pasos le llevaron al único restorán decente del lugar, algo así como de lujo o como pub, o ¡puff! Entró y se acercó al maître, diciéndole:

-Soy fulano de tal, ejem -, creyendo que el maestro jefe tendría forzosamente que conocerle o por lo menos saber de su reciente éxito.

-¡Qué desea! - preguntó éste en forma despectiva.

-Dígame, ¿tiene un sitio para mí?

-Lo siento; me sobran camareros. Lo único que me hace falta es un fregaplatos.

El pobre escritor pobre se retiró del local, rojo de ira y vergüenza.

Hay ególatras por todos lados. Había un Narciso que se pasaba todo el día mirándose en el espejo para contemplar su hermoso rostro. A veces, las más, quedaba prendado de su belleza y se enamoraba de sí mismo hasta las patas.

Otro, que no lo hacía tan mal, se creía el mejor galán que pisara la tierra. Todas las tardes se acicalaba bien para asistir a los salones o tertulias adonde se introducía invitado o no, cortejando a las damas con palabras melosas y tratando de enamorarlas. Este pobre diablo era más feo que patada de burro, pero él se creía todo un don Juan. Sin embargo, de allí no pasaba porque ninguna dama le daba bola, salvo algunas palabras caritativas retrucadas simplemente por educación. Cuando regresaba a su hogar se acostaba y permanecía la noche entera con los ojos muy abiertos, pensando en sus tantísimas conquistas.

-¡Ay - decía

- sujétate lechuguino si no pronto te volverás loco! ¡Cuánto te quieren, cuánto te idolatran; eres el hombre más seductor del mundo! Y después de sus largas e ilusionadas cavilaciones se quedaba profundamente dormido, soñando consigo mismo.

El narcisismo tiene varios escalones.

Va de mayor a menor y viceversa. Existen algunos que gastan todos sus haberes en hacer fiestas e invitar a las personalidades de la localidad, para sentirse rodeados de admiradores, según creen. Después, cuando se les va hasta la última chaucha, se encierran desesperados y no reciben a nadie porque ya nadie les cotiza. ¡Si os he visto no me acuerdo, gallo!

Hay otros egotistas que buscan por cualquier medio la oportunidad para hacerse populares, llegando incluso a solicitar ser

incluidos en los periódicos, o que las emisoras hablen de ellos o que puedan aparecer en televisión. En cualquier acto público son los primeros en ponerse frente a las cámaras. Y hablan como locos por el multicarrier aunque nada de importancia tengan que comunicar. Son aquellos que lloran y se desesperan cuando pierden la oportunidad de figurar.

También existen los narcisos que se creen astros, directores, comandan-

tes, poetas, novelistas, cantantes, cantautores, bailarines, actores, en fin, de todos los gustos, pero no del lote sino de los sobresalientes y conspicuos, y suponen, los fatuos, ser queridos y adorados por el público.

Hay chatos que cuando dan una li-



mosna la gritan a voz en cuello. Otros se creen grandes dirigentes, excelentes políticos, estimados empresarios, buenos pastores y los más grandes de todo lo grande: no andan con chicas o pequeñeces. Todo lo hacen dirigiendo la vista al cielo y mirando hacia abajo desde los hombros. No se juntan con la chusma, a la que miran a huevo por su pobreza y poca plata, aunque dentro de esta horda miserable hayan maestros, sabios e intelectuales, modestos y de valor.

Pero sí es notorio y chocante en estos egotistas o egocéntricos que pueblan la superficie de la tierra, el toparse con ellos en la puerta de alguna institución bancaria; y aunque sean harapientos, como esos de barba hirsuta, pelo canoso y enmarañado, sucios, de rostros surcados por arrugas y sembrados de granos a lo pan de pascua; esos infrahumanos que te extienden su mano negra de mugre para pedirte una limosna, asomada tras la manga brillante y sebosa de un raído vestón; es notorio y chocante, digo, que, después de recibir las monedas, te miren con desprecio como si fuesen los más bellos y extraordinarios mendigos del orbe. Ahora bien, imaginemos a estos narcisos en una discoteca de esas donde se baila en penumbra al son africano de instrumentos chatarras y que, como suelen hacerlo, se drogan. Entonces, si al amor que se tienen, ya demasiado superlativo, le añaden todavía una cuota del insumo cocaínico, quedan doblemente estáticos y similares a querubines de las alturas y para ellos hasta el mismísimo Universo es chico.

Pánfilo jamás había estado frente a un espejo. Cierta día que caminaba por una avenida céntrica de la ciudad, se detuvo ante un cartel que anunciaba un estreno cinematográfico. Vio el retrato de una figura, el artista, y creyó que era él el reflejado en la lámina. Se sintió bello. El actor era un Rodolfo Valentino.

-¡Qué lindo soy! - exclamó, y siguió su camino, orgulloso, espléndido y enanchado, apartando los transeúntes que

obstaculizaban su paso. Les miraba con desprecio y por sobre el hombro.

-¡Qué gentuza, Dios mío! - se iba diciendo. A las niñas les guiñaba el ojo aunque pasaran sin verlo. Pronto llegó a su hogar y halló a su madre frente a un espejo recién adquirido. La vieja se miraba con frenesí e interrogaba al cristal:

-Espejito, espejito, dime, ¿habrá otra más bella que yo?

El espejo era prudente. No contestaba. ¡Y cómo hacerlo si la vieja era terriblemente horrible!

-Mama, - preguntó Pánfilo - ¿cierto que somos los seres más hermosos del pueblo?

-Sí, hijito - contestó la vieja, complacida. Total, a puertas cerradas no entran moscas y la mente puede imaginar lo que le venga en gana. Pánfilo era más feo que el jorobado de París y su mamita un bodrio con nariz ganchuda de bruja. Cuando Pánfilo se dio cuenta de su fealdad no se amilanó, al contrario, pensó rápido y tuvo el egotismo más raro y estrofarario de los conocidos. Se sintió orgulloso por ser el hombre más feo del mundo. En realidad, los narcisistas forman batallones. Son muy extraños y están en todos los estratos sociales, y en todas las profesiones. Los hallamos entre los artistas, futbolistas, directores, zapateros, digitadores, médicos, abogados, panaderos, mendigos, empresarios, etcétera. Ninguno hay que no se crea el as de espada y, generalmente, están rodeados de adeptos, fans, incondicionales, que les rinden pleitesía y sumisión. Pero lo más increíble de sus actitudes es que se estiman superiores a todos los demás. Se vanaglorian de sí mismos y viven en su mundo falso, plenos de satisfacción y creyéndose tremendamente adorados y; sin embargo, no alcanzan ni a la altura de los talones del agraciado Adonis, aunque el culto que profesan a su propia personalidad ande por las nubes.

¡Oh, vanitas vanitatum, vanidad de vanidades!

EL CÓNDOR

por Silvestre Fugellie

En la década del treinta funcionaba en Punta Arenas un zoológico con características regionales. Estaba situado en el regimiento Pudeto, al poniente de la ciudad, y contaba con un número bastante selecto de animales de la fauna magallánica y también con especies de otros lugares del país. Era muy visitado. Los ejemplares tenían un cuidado especial. Por aquellos tiempos había un suboficial de apellido Leuquén que venía a ser como el patrono de las bestias. Pero lo que más llamaba la atención, especialmente entre los niños, era un hermoso cóndor, ave que muy pronto pasó a ser la regalona de todos.

Tan bien amaestrada estaba que prácticamente la habían dejado en entera libertad. Salía y entraba a su jaula como por cuenta propia. Era muy querida. La llamaban: Conono.

Cuando se posaba en las calles de la ciudad, lo que hacía muy a menudo, venía con sus alas inmóviles y con sus remeras inclinadas como enormes dedos para contrarrestar el viento. Tomaba tierra recogiendo las alas y apoyándose en sus patas en la misma forma como lo hace el tren de aterrizaje de los aviones; pero acomodándolas en posición de freno. Al detenerse ceñía todas sus plumas al cuerpo.

Conono jamás perdía las ceremonias militares de los domingos y festivos. A

veces observaba el izamiento del pabellón nacional desde el techo del edificio de la Intendencia y otras desde la cúpula de la torre de la iglesia matriz.

Después de la parada, ya en la plaza de armas, extendía sus anchas alas y corría de un lugar a otro alternando con los niños que saltaban a su alrededor. Cuando llegaba la hora de irse, se colocaba al centro de la calle, abría las alas y emprendía una larga carrera para tomar vuelo y dirigirse a su querencia, perdiéndose en el cielo.

Hubo días en los cuales alcanzaba hasta el viejo muelle «verde», un lugar de paseo dominguero ya desaparecido, y allí

permanecía por espacio de algunas horas contemplando las olas del mar. En otras oportunidades se allegaba a las puertas de la carnicería Siegers y esperaba la ración de carne, que cariñosamente le suministraban.

Siempre regresaba a su jaula como quien vuelve a su hogar después de arduas horas de trabajo. Allí recibía las palabras de aliento y las cari-

cias del suboficial. El zoológico era obra del general Ramón Cañas Montalva.

Años después ocurrió el triste suceso, que causó la muerte del querido Conono. En una noche aciaga, al posarse inocentemente sobre el alféizar de una ventana, el dueño de la casa, pusilánime, confundió las sombras del cóndor con las de algún malhechor, y tomando su arma disparó al bulto, coronando su estúpido acto con la sangre del estimado animal.

Así acabó la vida del ídolo, venido desde las cumbres majestuosas de los Andes, para entretener a los niños de la austral ciudad. Los días domingos posteriores fueron tristes para ellos porque ya no contaban con la presencia del amistoso cóndor.



LA NUEVA POESÍA DE TIERRA DEL FUEGO Oscar Domingo Gutiérrez

por Pavel Oyarzún

Es uno de los más importantes animadores culturales de la Patagonia y Tierra del Fuego. Su incesante labor creativa abarca diversos ámbitos de la cultura. La recuperación de la memoria histórica en este confin, la difusión de escritores y obras, la participación activa en la Feria del Libro de Río Grande, la colaboración con la revista «Impactos», la labor periodística en prensa y radio, la publicación de artículos y textos de investigación histórica, la participación en numerosos encuentros de historia y literatura en diversas ciudades de la República Argentina, como también en Punta Arenas y Porvenir, en fin, un nutrido prontuario creativo es el que acompaña a Oscar Domingo Gutiérrez, del cual, en este número de «Impactos», comento algunos aspectos de su producción poética, específicamente, la contenida en el libro «El Secreto» (Río Grande, 1991), elaborado junto a los poetas Patricia Liliana Cajal y Fredy Gallardo, ambos ya comentados en números anteriores de esta revista.

No es común encontrar en una publicación conjunta, como es el caso de «El Secreto», la unidad en el discurso poético, es decir, la poesía de cada cual se confunde en un todo. Si no fuera por las indicaciones que aparecen en la contratapa del libro, donde se explica la autoría de los textos, el distinguir a cada poeta resultaría, al menos para mí, muy difícil. La unidad en el discurso poético y la armonía en el uso del lenguaje son, precisamente, el primer mérito de este libro. La no premeditación por alcanzar la unidad del discurso poético es visible en este libro, y surge, a los ojos del lector, como algo natural.

El segundo mérito de «El Secreto» es su espíritu fundador. Aquí, la gesta fundacional no guarda relación con la historia fechada, sino con el regreso a los abismos del alma humana, hacia aquellas zonas misteriosas del Ser, hacia aquellos temores atávicos, hacia aquellas intuiciones y atisbos de la memoria. No se funda una comunidad, se funda un gesto de regreso, una mirada hacia el origen.

A Oscar Domingo Gutiérrez le pertenecen siete fragmentos de lo que, en definitiva, es un solo poema dicho a tres voces. En ellos hay un lenguaje revelador, un mensaje que viene desde el misterio. Logra, el poeta, recrear un ambiente propio de lo primigenio. Hay templanza doliente en sus versos, hay cuestionamiento esencial, el cual nos llega a través de una poesía de buena factura, porque el uso del lenguaje no traiciona al testimonio ni a la bruma de misterio desde donde ha surgido. Nos habla el poeta: «Me he tentado en la serpiente, / con un gesto simulando / de la muerte el orificio. / Me devoro, soy superfluo - me convierto o mimetizo - / y es inútil que la imagen / que me aplaca / sea serpiente o sea yo mismo.»

La buena poesía debe sorprender, y debe apuntar hacia el asombro, porque surge del asombro. Las imágenes y las metáforas deben seguir su destino de revelación y belleza. Un muy claro ejemplo son estos versos de Oscar Domingo Gutiérrez: «la lluvia es semejante al olvido, / el cielo atrapó para ella un destino de luces.» O estos otros: «No hay mejor desarrollo del gesto / que los hijos».

La causa es definitiva: ir hacia el origen, hacia ciertas zonas fundacionales de la condición humana, y que los poetas - sólo los poetas - intuyen y, por ende, porfían en la sagrada pesquisa: «En la orilla acude la vida verde, / reclama desde la raíz - un sabueso profundo - / que es tiempo de volver al origen, / cuna de agua, calistenia del grito, / agua y berridos son la misma cosa».

Del libro «El Secreto», cien versos, aproximadamente, fueron escritos por Oscar Domingo Gutiérrez. Se evidencia, en ellos, en primer término, una convicción con respecto al mensaje, es decir, el poeta cree en lo que dice. Sus imágenes son cabales y rotundas, no hay dejos de duda en el decir poético. Luego, se muestra como un poeta con oficio, no sólo preocupado por lo que debe decir, sino también por el cómo debe decirlo. Se conjugan en su trabajo un ritmo poético fluente y metáforas de alto vuelo.

Ojalá que Oscar Domingo Gutiérrez disponga, a pesar de su múltiple quehacer cultural, de los lapsos necesarios para la creación y publicación poéticas, porque tiene, en mi opinión, madera de buen poeta y, sobre todo, cosas que decir y revelar acerca de este lugar - de por sí mítico - y al sur de cualquier parte.

Los orígenes de la poesía se confunden con los del lenguaje, y es este hecho primigenio lo que la convierte, en toda época, en la gran fundadora de espacios y de tiempos:



Vas a recibir pronto la pequeña promesa:
Es de día y de noche oscurece temprano,
voy a llover a cántaros en esta gran tormenta,
conocía la fórmula, la perdí en un desgarro.

¡Qué importa este desorden: si me aleja del hambre!

Muere la flor sublime: ¡Qué terribles palabras!
hablo de otros calambres, en sus detalles lloro
ahora que me arrepiento de dormir en sus brazos;
son deudas -y oraciones- las que escarchan la sangre,
me deslizo en su charco: lechoso y transparente.

¡Deja que sea el pueblo nuestro próximo incauto,
su luz vendrá filtrada en el fondo del vaso!

Muere la flor sublime: ¡Qué terribles palabras!

ALCOHOLISMO EN LOS PUEBLOS ABORÍGENES AUSTRALES

ELLOS ERAN LIBRES Y ABSTEMIOS

por Ramón Arriagada S.

Puerto Natales, julio de 1995, especial para Impactos

“¿Cómo el espíritu de la tierra podría amar al hombre blanco? Donde quiera que toca, deja una herida”. Lo que transcribimos corresponde a un texto indio de América del Norte, recogido por T.C Mac Luhan en su libro “Descalzo sobre la tierra sagrada”.

Después de revisar una amplia bibliografía sobre los pueblos aborígenes australes, llegamos a la certeza que el alcohol no lo conocieron hasta la llegada de navegantes y colonizadores. En los días cercanos a su desaparición el contacto con las bebidas alcohólicas contribuyó de manera importante a su degradación y sometimiento.

Conocida es la afirmación en el sentido que el consumo de alcohol se remonta a la aparición del hombre sobre la tierra. Incluso se asegura que la única excepción en cuanto al uso del alcohol se encuentra en el pueblo esquimal, imposibilitado de conocer la fermentación alcohólica natural por razones geográficas.

A diferencia del invento de la rueda, la fermentación no exigió el don del intelecto humano. Ella se produce cuando se reúnen

fortuitamente levadura, azúcares y agua. Científicamente fue explicado por Pasteur recién en el año 1857.

Los más osados afirman que la agricultura manual surgió para garantizar azúcares de fruta para la fabricación del vino y no para asegurar la comida.

En la época en que la Humanidad deja de ser nómada y se transforma en sedentaria, en el período neolítico, el hombre conoció los resultados de la fermentación alcohólica natural de los jugos azucarados y cereales triturados.

En el período neolítico cuaternario ya existían las viñas. Según el Génesis, después del Diluvio, Noé labró la tierra y plantó vid.

LOS FRUTOS DEL SILENCIO

¿Por qué nuestros pueblos aborígenes australes no conocieron la elaboración de bebidas alcohólicas? A diferencia de los esquimales, los australes tenían en los territorios que recorrían una gran cantidad

de bayas o frutos silvestres. Estos frutos los conocían, los conservaban en sus largas caminatas y navegaciones, sabían de sus diferentes cualidades.

De tiempos pretéritos en las pampas fueguinas existió el calafate, llamado “umusha-main” por los yaganes. Según Bridges esta nominación derivaba de “umusha” (espinudo) y “main”(fruto). Los yaganes eran consumidores de la fresa silvestre, a la que llamaban “belacamain” o fruto de la lluvia. Los indios también degustaban los frutos de la chaura (pernetya muronata), una ericácea de follaje punzante que se encuentra en las orillas de los estuarios de los ríos; sus frutos son como una cereza silvestre. Joseph Emperaire fue testigo del consumo de esta baya “en pequeñas cantidades cada vez, y sólo después de haber pasado por las llamas las ramas cargadas de frutas, a fin de defenderse, dicen, de las propiedades muy laxantes de estas bayas”.

Bridges nos testimonia, además, la afición de los indios por otros frutos. La Goosh, producida por un arbusto que crece en las laderas rocosas. Llamada “uva silvestre” por los cronistas de Francis Drake que la consumieron en el Cabo de Hornos. Otra que crece cerca de la tierra es una baya pequeña que los indios llamaban “sepisa”, la misma que se conocía en las Malvinas como “Diddy-dee”.



Mientras los demás pueblos del paleolítico se daban a la tarea de controlar la germinación de las semillas y, posteriormente, fermentarlas para lograr bebidas alcohólicas, nuestros aborígenes australes seguían siendo nómades del mar y la pampa, sin procurarse la bebida que a lo mejor les iba a permitir prolongar la calidez del verano en los rigores del invierno: o como elemento coadyuvante para el éxtasis en sus ritos. En fin, ser agricultores y no recolectores, por lo tanto cambiar el curso de su sobrevivencia.



AVENTUREROS Y BIENAVENTURADOS

James Cook los conoció en su primer viaje alrededor del mundo el año 1768. Era un domingo 15 de diciembre cuando tomó contacto con ellos en la Bahía de Buen Suceso (latitud 53° 40' 41"). Al desembarcar vieron aparecer a una treintena de indígenas por el extremo de una playa arenosa, "comieron algo de pan y carne, pero sin manifestar gran placer, aunque se llevaron la porción no consumida, de lo que se les dio; no hubo manera de hacerles probar una gota de vino o licor; acercaban el vaso a sus labios, pero no bien lo gustaban, lo devolvían con grandes manifestaciones de repugnancia".

Años más tarde, en 1785, los tripulantes de la fragata "S.M. Santa María de la Cabeza" toman contacto con los indios, llamándoles mucho la atención sus actitudes respecto de los alimentos.

En una relación de viajes al Estrecho

de Magallanes, publicada en 1788, se transcribe el siguiente comentario: "También comen y siempre tienen en sus chozas y canoas canastillos llenos de murtiña. Al ver a los de la tripulación que comían apio, enseñaron algunas otras yerbas y raíces de que sustentan asándolas como batatas.

De cuántas cosas se les presentaron a bordo sólo el sebo y la grasa eran de su verdadero gusto, despreciando la galleta y no queriendo jamás probar el vino"

BEBIDA SANA EN CUERPO SANO

Todos los cronistas que tuvieron contactos con los indios australes, coinciden en señalar que la única bebida que conocían era el agua.

Mayores variaciones en alimentación se observa en el caso de los onas. Los pueblos canoeros como alacalufes y yaganes eran más predecibles en hábitos alimenticios, siendo golosos con los mariscos y las partes gordas de las ballenas que varaban en las

bahías.

A los onas el padre Beauvoir los observó chupar con gusto el zumo de la corteza del roble. A este producto lo denominaban "Chauhlichin".

Carlos Gallardo, quien publicó en 1910 un libro titulado "Los Onas", los vio beber de los manantiales guardando ciertas normas, como la de no agacharse jamás, ello debido a los cuidados que les merecía la pintura de su cuerpo. Para satisfacer la necesidad de beber, la mayoría de las veces se valían de un caracol grande que llamaban 'Ahuen'. El "Shée" les servía para guardar agua en el interior de la choza y estaba confeccionado con cueros y nervios de guanaco.

Jamás entre los onas se consumía carne cruda, aunque tampoco se era muy exigente en cuanto a su cocción.

El "Carcai" o carancho era inadmisibles en la alimentación, y ello porque a este carroñero se le avistaba dándose festines de restos humanos.

Sabido es que los onas eran muy apegados a la belleza corporal. Sobre todo los hombres eran muy cuidadosos de no desarrollar en demasía el vientre. No comían en exceso, pese a lo mucho que les agradaba un parásito fungiglobular que crece en los troncos de los robles.

A Payró, en sus viajes por tierras fueguinas, le llamó la atención el aprovechamiento que hacían de este parásito. Lo calificó como el Pan Indio.

"Come el Ona cuando siente apetito -agrega Roberto J. Payró en su libro "La Australia Argentina"- si tiene que comer, es frugal y no bebe alcohol. Lo he visto desdeñando con una mueca desdeñosa, como de repugnancia, un vaso de vino que se le ofrecía".

La conducta tiene variaciones en el caso de aquellos onas en contacto con los afuerinos, quienes, señala Payró, "fuman pero no en exceso, y si algo piden al viajero es ropa y galleta, con preferencia al tabaco". Se lamenta el mismo autor... "no así los yaganes y los alacalufes, que son apasionados del guachacay, y se dan soberbias panzadas cuando pueden, que no es muy a menudo".

AMISTADES PELIGROSAS

Roberto J. Payró, cronista argentino, que visitó estas soledades australes a fines del siglo pasado, enfatiza el papel que juega el alcohol; éste prima sobre todas las mercaderías. Se conduce de aquellos pobladores esparcidos en la inmensidad de la Patagonia; ellos al llegar a los incipientes centros urbanos van directo a "la pulpería famosa, teatro de dramas y sainetes, que se ha trasladado allí con otro carácter, ha diezmado al tehuelche y cobra diezmo crecido al trabajador patagónico, que deja en ella gran parte de su salario, si no todo".

Aquiles Igobone, también argentino, en su libro "Paladines Auténticos de la Patagonia", relata los esfuerzos de los gobiernos de Chile y Argentina por ganar presencia en los territorios australes. Los adelantados de ambos gobiernos tratan de buscar alianzas de simpatías con los indios tehuelches. En nota al gobierno central, el gobernador de la naciente Punta Arenas, Máximo Benavides, en el año 1866, se refiere a las malas artes utilizadas por el capitán argentino Luis Piedra Buena. A juicio del funcionario chileno, Piedra Buena "que es el encargado de conquistar a los indios y que, según cuentan estos, donde se ha establecido tiene cuatro o cinco casitas y



mantiene mucho comercio con ellos, particularmente licor, que les reparte en abundancia”.

El padre Beauvoir, sacerdote salesiano, en su recopilación de lenguas indígenas, recoge varias expresiones referidas al alcohol y a su consumo entre los indios onas y tehuelches. Los onas al hombre borracho lo denominaban “Hoiheu”, al curarse o emborracharse lo designaban con el vocablo “Karcheton” de la voz “Karchen” que significa abrumarse.

Para los onas quien bebía perdía la estabilidad, era un “pierna floja” y recibía el apelativo de “Kashkaremkocher”. El ebrio empedernido era un “Chontain”.

En el caso de los tehuelches, la designación de hombre borracho era “Lamanje” y de ahí que chupar y emborracharse se nominaba como “Lamask”. Ellos designaban a la caña o anizado como “Lam’a” y a toda bebida embriagante en especial al aguardiente como “Huachacay”.

HACIA EL CREPÚSCULO

Se va cerrando el escenario para esta crónica. No ha habido en ella la pretensión de un trabajo científico de grandes hallazgos, sino transmitir vivencias de quienes tuvieron el triste privilegio de asistir al epílogo de seres humanos arrinconados en estos parajes, donde hoy vivimos y nos perpetuamos como especie.

Ellos, nuestros aborígenes australes, no tuvieron la oportunidad de contar su propia historia. La historia la escriben los que ganan. Onas, haush, yaganes y alacalufes se quedaron en un

recodo de la historia de la humanidad. Tal vez para el investigador, el alcohol, como factor de exterminio, sea una variable independiente muy secundaria, pero trajo degradación, infortunios y muertes, y la Historia, como dice Céline, no da una segunda oportunidad.

Al finalizar, la transcripción de uno de los trozos más admirables, por la capacidad de su autor, Bartolomé Soler, en transmitir el dramatismo de los deshones humanos en el crepúsculo de los aborígenes australes: “Con los Jiménez y los Cremieux, los Mewick, los Schoten y los Fimovich, llegaron las cápsulas, la pólvora y el saqueo, la expropiación y el whisky, y esa lacra tuberculosa y venérea con que el hombre blanco defiende su fiebre civilizadora. La flecha y el arco indios, el arpón, el lazo y la honda de las razas indígenas ya sólo son reliquias de vitrina, y llegaron las aguas baustismales. La vieja Colcheke ahora se llama Carmelita; Inkiol se llama Juan José y Terkoinar y Loyuhj responden por Julio, por Pascual o por Bernardo”.

Así termina la vida y comienza el sobrevivir

Este documento fue escrito hace 122 años. Su autor es el Jefe Seattle de la tribu Suwamish de los territorios del noroeste de los Estados Unidos, que ahora forman el estado de Washington. Se trata de una carta que se envió en 1855 al Presidente Franklin Pierce, en respuesta a la oferta de compra de las tierras de los Suwamish.

El Gran Jefe de Washington manda decir que desea comprar nuestras tierras. El Gran Jefe también nos envía palabras de amistad y buena voluntad. Apreciamos esta gentileza, porque sabemos que poca falta le hace, en cambio, nuestra amistad. Vamos a considerar su oferta, pues sabemos que, de no hacerlo, el hombre blanco podrá venir con sus armas de fuego y tomarse nuestras tierras. El Gran Jefe en Washington podrá confiar en lo que dice el Jefe Seattle con la misma certeza con que nuestros hermanos blancos podrán confiar en la vuelta de las estaciones. Mis palabras son inmutables como las estrellas.

“¿Cómo podéis comprar o vender el cielo, el calor de la tierra? Esta idea nos parece extraña. No somos dueños de la frescura del aire ni del centelleo del agua. ¿Cómo podríais comprarlos a nosotros? Lo decimos oportunamente. Habéis de saber que cada partícula de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada hoja resplandeciente, cada playa arenosa, cada neblina en el oscuro bosque, cada claro y cada insecto con su gumbido son sagrados en la memoria y la experiencia de mi pueblo. La savia

que circula en los árboles porta las memorias del hombre de piel roja.

Los muertos del hombre blanco se olvidan de su tierra natal cuando se van a caminar por entre las estrellas. Nuestros muertos jamás olvidan esta hermosa tierra porque ella es la madre del hombre de piel roja. Somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros. Las fragantes, flores son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el águila majestuosa son nuestros hermanos. Las crestas rocosas, las savias de las praderas, el calor corporal del potrillo y el hombre, todos pertenecen a la misma familia.

Por eso, cuando el Gran Jefe de Washington manda decir que desea comprar nuestras tierras, es mucho lo que pide. El Gran Jefe manda decir que nos reservará un lugar para que podamos vivir cómodamente entre nosotros. Él será nuestro padre y nosotros seremos sus hijos. Por eso consideraremos su oferta de comprar nuestras tierras. Mas, ello no será fácil, porque estas tierras son sagradas para nosotros. El agua centelleante que corre por los ríos y esteros no es meramente agua, sino la sangre de nuestros antepasados. Si os vendemos estas

tierras, tendréis que recordar que ellas son sagradas y deberéis enseñar a vuestros hijos que lo son y que cada reflejo fantasmal en las aguas claras de los lagos habla de acontecimientos y recuerdos de la vida de mi pueblo.

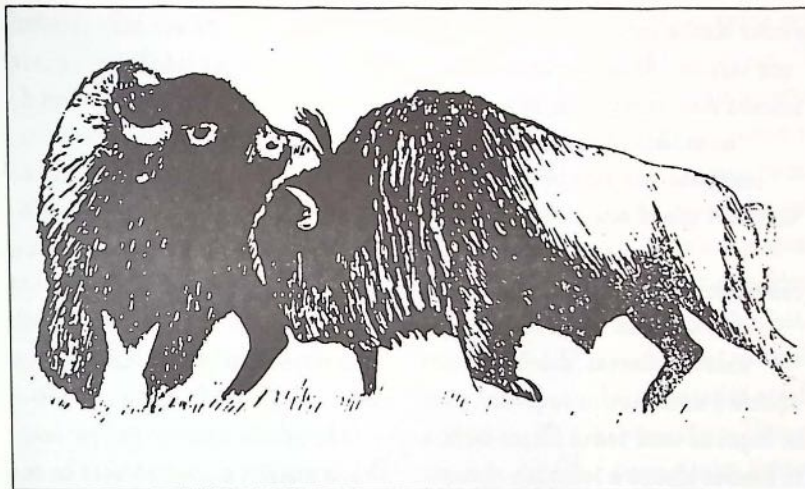
El murmullo de agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos, ellos calman nuestra sed.

Los ríos llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si os vendemos nuestras tierras, deberéis recordar y enseñar a vuestros hijos que los ríos son nuestros hermanos y hermanos de vosotros; deberéis en adelante dar a los ríos el trato bondadoso que daríais a cualquier hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra manera de ser. Le da lo mismo un pedazo de tierra que el otro, porque él es un extraño que llega en la noche a sacar de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermano, sino su enemigo.

Cuando la ha conquistado la abandona y sigue su camino. Deja detrás de él las sepulturas de sus padres sin que le importe. Despoja de la tierra a sus hijos sin que le importe. Olvida la sepultura de su padre y los derechos de sus hijos.



Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el cielo, como si fuesen cosas que se pueden comprar, saquear y vender, como si fuesen corderos y cuentas de vidrio. Su insaciable apetito devorará la tierra y dejará tras sí sólo un desierto.

No lo comprendo. Nuestra manera de ser es diferente a la vuestra. La vista de vuestras ciudades hace doler los ojos al hombre de piel roja. Pero quizás sea así porque el hombre de piel roja es un salvaje y no comprende las cosas... No hay ningún lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ningún lugar donde pueda escucharse el desplegarse de las hojas en primavera o el rozar de las alas de un insecto.

Pero quizás sea así porque soy un salvaje y no puedo comprender las cosas. El ruido de la ciudad parece insultar los oídos. ¿Y qué clase de vida es cuando el hombre no es capaz de escuchar el solitario grito de la garza o la discusión nocturna de las ranas alrededor de la laguna?

Soy un hombre de piel roja y no lo comprendo. Los indios preferimos el suave sonido del viento que acaricia la cala del lago y el olor del mismo viento purificado por la lluvia del mediodía o perfumado por la fragancia de los pinos.

El aire es algo precioso para el hombre de piel roja, porque todas las cosas comparten el mismo aliento: el animal, el árbol y el hombre. El

hombre blanco parece no sentir el aire que respira. Al igual que un hombre muchos días agonizante, se ha vuelto insensible al kedar. Mas, si os vendemos nuestras tierras, debéis recordar que el aire es precioso para nosotros, que el aire comparte su espíritu con toda la vida que sustenta. Y, si os vendemos nuestras tierras, debéis dejarlas aparte y mantenerlas sagradas como un lugar al cual podrá llegar incluso el hombre blanco a saborear el viento dulcificado por las flores de la pradera.

Consideraremos vuestra oferta de comprar nuestras tierras. Si decidimos aceptarla, pondré una condición: que el hombre blanco deberá tratar a los animales de estas tierras como hermanos. Soy un salvaje y no comprendo otro modo de conducta. He visto miles de búfalos pudriéndose sobre las praderas, abandonados allí por el hombre blanco que les disparó desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo cómo el humeante caballo de vapor puede ser más importante que el búfalo al que sólo matamos para poder vivir. ¿Qué es el hombre sin los animales? Si todos los animales hubiesen desaparecido, el

hombre moriría de una gran soledad de espíritu. Porque todo lo que ocurre a los animales pronto habrá de ocurrir también al hombre. Todas las cosas están relacionadas entre sí.

Vosotros debéis enseñar a vuestros hijos que el suelo bajo sus pies es la ceniza de sus abuelos. Para que respeten la tierra, debéis decir a vuestros hijos que la tierra está plena de la vida de nuestros antepasados. Debéis enseñar a vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la tierra es nuestra madre. Todo lo que afecta a la tierra afecta a los hijos de la tierra. Cuando los hombres escupen en el suelo se escupen a sí mismos.

Esto lo sabemos: la tierra no pertenece al hombre, sino que el hombre pertenece a la tierra. El hombre no ha tejido la red de la vida, es sólo una hebra de ella. Todo lo que haga a la red se lo hará a sí mismo. Lo que ocurre a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra. Lo sabemos.

Todas las cosas están relacionadas como la sangre que une a una familia.

Aun el hombre blanco, cuyo Dios se pasea con él y conversa con él -de amigo a amigo no puede estar exento del destino común-. Quizás



tal vez antes que las demás tribus. Si contamináis vuestra cama, moriréis alguna noche sofocados por vuestros propios desperdicios. Pero aun en vuestra hora final os sentireis iluminados por la idea de que Dios os trajo a estas tierras y os dio el dominio sobre ellas y sobre el hombre de piel roja con algún propósito especial. Tal destino es un misterio para

seamos hermanos, después de todo. Lo veremos. Sabemos algo que el hombre blanco descubrirá algún día: que nuestro Dios es su mismo Dios. Ahora pensáis quizás que sois dueño de nuestras tierras, pero no podéis serlo. El es el Dios de la Humanidad y Su compasión es igual para el hombre de piel roja que para el hombre blanco. Esta tierra es preciosa para Él y el causarle daño significa mostrar desprecio hacia su Creador. Los hombres blancos también pasarán.

nosotros, porque no comprendemos lo que será cuando los búfalos hayan sido exterminados, cuando los caballos salvajes hayan sido domados, cuando los recónditos rincones de los bosques exhalen el olor a muchos hombres y cuando la vista hacia las verdes colinas esté cerrada por un enjambre de alambres parlantes. ¿Dónde está el espeso bosque? Desapareció. ¿Dónde está el águila? Desapareció. Así termina la vida y comienza el sobrevivir...

EL VIEJO DE MI PUEBLO

por Miguel Ángel Pinto, desde Río Grande

Calles de piedra, las de mi ciudad comida. Digo comida porque la devoran los más pudientes, pero yo vivo mi mundo de pasares de indetectables, buscando el camino del sol.

Detrás de cada ventana, de las casas bajas, algún mundo diferente busca vivir su tibieza, o traman locuras que después desparraman por la calle.

En las esquinas algunos perros vagabundos miran al que pasa de forma indiferente, como queriendo decir: "¿Qué me importa donde vas!". Y vienen autos por Alberdi desparramando piedras para ambos lados, quizás alguno de ellos mirará qué hay, donde termina todo, y sigue, los acompañará el aire frío de la tarde un marzo que se acaba en las noches de viento y recogimiento.

Caminando y observando llego al pavimento de Don Bosco con Alberdi y todo sigue igual. Observo que ninguna de las casas ha cambiado su fachada.

¡Claro! ¡Debe ser caro hacerlo! Yo no pinto mi casa desde hace mucho tiempo. Reformar un frente debe salir carísimo.

Sigo, vuelvo la vista hacia atrás y observo dos muchachos que vienen por mi mismo camino, acurrucados en gruesas camperas, balbuceando algún tema musical que los entretiene mientras avanzan vaya a saber hasta donde, quizás a algún boliche de por ahí, lugares de pasatiempo para jóvenes, donde se encuentran con otros compañeros de colegio o de trabajo.

Ese pensamiento me ayuda a avanzar sin darme cuenta y ya estoy caminando junto al Gimnasio Municipal. Luces tenues en la calle, un colectivo de "Sur Transportes" que cruza Belgrano por Alberdi, que me da la impresión que está cortado porque no lleva ningún pasajero. Me sorprenden los semáforos de Perito Moreno y Belgrano, todavía no funcionan. Para colmo los vehículos tienen que sortear un pozo peligrosísimo que está precisamente en el cruce de ambas calles. ¡Pero qué me importa todo esto, si yo no tengo auto, solo camino! Hace nueve años que camino esta ciudad, desde que llegue a la isla. En verano, cuando existe sol; en otoño, ya con mucho frío; en invierno, con escarcha y con un frío que hasta me arden las orejas, y en primavera, con vientos fuertes y con menos frío ya.

Pero sigo consumiendo el atractivo especial

de estas calles y estos lugares, como aquel viejito que vagaba sin cesar, metiéndose en cuanto recodo encontraba, unas veces para revolver cajas y cajones de basura, otras para refugiarse un poco del intenso viento y frío.

Lo conocí una tarde de mayo del año pasado, con una bolsa de arpillera al hombro y dentro de ella algunas maderas y palos. Parecía llevar, por la forma de la bolsa, tal vez en el fondo, alguna fruta de las menos perecederas y también un zapallo tipo calabaza, seguramente con alguna picadura que le significó llegar hasta el tacho de basura desde algún comercio cercano. Cabellera blanca, muy sucia por su aspecto. Los pelos, para el lado que estuvieran, siempre duros, como engominados. Eso le daba al cabello un color amarillento, no muy largo y con las patillas bastante bien recortadas, tenía el rostro curtido, marcado por profundos surcos, con aspecto de no haberse afeitado por lo menos en los últimos tres días. Sacón largo, hasta más allá de las rodillas, zapatos de cuero gastado y sin cordones, pero que le ajustaban bastante bien al pie, pantalones oscuros, que usaría siempre, por las hilachas que colgaban de sus botamangas. Caminaba siempre indiferente a todo, sin importarle lo que dijeran de él, con la cabeza gacha, quizás preocupado simplemente en lo que conseguiría para sobrevivir ese día. Andaba por el centro, cruzándose con los dos jóvenes acurrucados en sus camperas gruesas, que no sé donde iban, quizás a algún boliche. Ni los miró; tal vez no le importó. Los muchachos le pasaron un vistazo antes de cruzarlo, porque simplemente les sorprendió su aspecto.

Cruzó la calle cuando el semáforo de San Martín y Belgrano se lo permitió y se dirigió a los fondos de la Anónima por esta última calle, perdiéndose tras de los muros después de esquivar un camión de Pampeano, con acoplado, que descargaba mercadería. Entre el ir y venir de los hombres que hacían la descarga pasó inadvertido, dirigiéndose como un autómatas hacia el lugar de siempre, el lugar acostumbrado. Allí estaban, como todos los días, la basura, los cajones, las cajas, algunas chorriadas que esperaban ser acariciadas por sus manos ajadas, duras, con las uñas ennegrecidas, las únicas que revolvián esos tachos. Y comenzaba su tarea cotidiana, con la responsabilidad de la labor que era su fuente de trabajo, siempre con la ilusión de

encontrar algo nuevo y bueno.

No levantaba la vista, sabía perfectamente que era uno más en ese patio donde todos los que allí trabajaban por un sueldo estaban acostumbrados a verlo diariamente, como si fuera un compañero más de sus tareas, pero dedicado a una función específica.

Sabía que tenía muy poco tiempo, como si al entrar en ese recinto marcara un horario y después de cierto tiempo prudencial debiera retirarse. Generalmente el lapso empleado era el mismo, por la costumbre, por el tiempo, por el que dirían si se pasaba un par de minutos más. Porque con el tiempo de siempre era todo igual, nada cambiaba. Y revolvía prolijamente cada tacho, separando maderas y cajones vacíos a un lado, pero dejando siempre uno aparte para colocar los productos que a su criterio eran de buena calidad. Y entonces aparecían frutas y hortalizas, a veces medio paquete de yerba -deslizado por el azar al desperdicio-, un pedazo de jabón blanco para lavar ropa o algún sobre de jugo en polvo agujereado con algo de contenido. Y así, despacito, cuidadosamente, como sabiendo lo que encontraría más abajo, retiraba todo, vaciando prácticamente el tacho y recojiendo en la bolsa que siempre traía, esa bolsa de arpillera que nunca dejaba.

parchada en varios lugares, que cuidaba como si fuera la única y que, de extraviarse, no volvería a encontrar, sufriendo una pérdida irreparable. Sin hablar, sin pedir demás, con lo justo, metía poco a poco en la bolsa los productos de su conquista, siempre con la misma expresión: contento en su interior y desahogándose de su incertidumbre.

De cuando en cuando, cuando los espíritus de los asalariados estaban complacidos o finalizaban sus labores diarias para acojerse a algún franco, un gesto se transformaba en solidario. Manoteaban ¡vaya a saber de qué estaba de cajas de algún buen vino! una botella, la que le acercaban tíbicamente, mientras él agradecía con un movimiento de cabeza, sin demostraciones de alegría ni sonrisas, pero ellos sabían, conocían la satisfacción del viejito. Gestos de gente humilde, que se congratula mutuamente acercando calor y amistad a través de la generosidad.

El sol de la tarde, que recortaba figuras de

sombra deformes y amarilleaba las casas y las veredas, caía sobriamente, sin avisar. Pero él no se sorprendió. La escarcha de otro día se alejaba. Autos y más autos recorrían presurosos las calles de la ciudad, todos queriendo llegar pronto a sus refugios, a sus oasis de calor y amor. Los muchachos volaban envueltos en sus gruesas camperas, desde algún boliche, y con paso rápido cruzaron la calle. Me detuve en una esquina de tantas que siempre están desoladas. Enfrente lo vi salir, masticando una manzana, que le producía aún más frío en su cara. La humedad de la fruta golpeaba con el aire la nariz roja, los bigotes blancos encharcados de rocío frío y manzana; en la otra mano, llevaba la bolsa, la que, a pocos metros de salir de aquel reducto, revolvió hacia su espalda encorvada, la acomodó de la mejor

manera para que no le incomodara y emprendió el regreso. Me distraje observándolo. Quizás sea el único que lo observaba y pensé: ¿Aceptaré alguna compañía? ¿Y si me acerco para charlar con él? No lo hice porque no supe qué decirle o si contestaría mi requisitoria. "Estará tan acostumbrado a no hablar con otro -pensé- que teme que le interrumpan su monólogo, esa conversación de silencio extenso que concluye en una satisfacción, como

si se pusiera de acuerdo".

El frío conmovió mi cuerpo. Interrumpí mi pensamiento y caminé en su dirección, mientras las luces, ya más tenues, iban borrando su imagen. Deseché los colores y ruidos que me rodeaban, fijé mi mente y mis ojos en aquella humanidad que se alejaba. ¿Para qué interrumpir su trayectoria? Tras seguirlo dos cuadras me detuve: su imagen se perdía a lo lejos, distinguiéndose aún por su cabellera que se desdibujaba entre la espesa penumbra y la niebla. Así se fue a su reducto, seguramente algún refugio solitario en los suburbios de mi ciudad.

Y se quedó en las sombras de un tiempo que ya no volverá. Desapareció del tumulto diario sin reaparecer jamás. Su figura nunca más la vi recortarse, oscuramente, por el centro. Sólo quedó una sombra de alma vaga solitaria, que presiento y que se prendo en mi pensando en que tal vez mañana volverá a buscar sus pertenencias.



EN SILLA DE MONTAR A TRAVÉS DE LA PATAGONIA

(Cuarta y última parte del capítulo 6º, denominado "En silla de montar a través de Patagonia" -Im Sattel durch Patagonien-, del libro "Viaje a vela al país de las maravillas" -Segelfahrt ins Wunderland-, escrito por Gunther Plüschow, Verlag Ullstein, Berlín, 1926. Traducción de Carlos Brinkman Meyer, cedida especialmente a la revista Impactos)

En la estancia Cerro Guido viven alrededor de 80 personas, pero esos también son los únicos seres humanos en todos los alrededores, un territorio que equivaldría a una pequeña provincia alemana.

Bajo un sol radiante cabalgamos por la planicie, en todas partes se mueven ovejas que se mantienen juntas en grupos aislados. Entre ellas pastan tranquilamente avestruces salvajes. Estos animales, tan espantadizos, vuelven sus cabezas hacia nosotros y nos miran asombrados por un momento y, cuando nosotros continuamos cabalgando, inclinan sus pequeñas cabezas con los grandes ojos y los cuellos tan extraños otra vez hacia el suelo y tragan enormes cantidades de pasto, de bayas y de hojas. Pero si nosotros nos detenemos o nos dirigimos hacia ellos, entonces huyen con sus largas piernas y el cuello extendido hacia adelante, hasta que después de un rato vuelven a detenerse, dándose vuelta ofendidos, para continuar comiendo.

Miles, y muchos miles hay todavía de estos animales tímidos y raros aquí abajo. Como nadie les hace un mal y sus plumas no son tan valiosas como las de sus hermanos africanos, aun no han sido totalmente exterminados.

Un río ondula por el campo y lleva una agua exquisita y clara desde un lago cercano hacia otro, es helada y las riberas están pobladas por bandadas de gansos grandes, grises y salvajes. Ellos no nos perciben y se dan cuenta de nosotros sólo en el último instante, cuando nos encontramos delante de ellos. Los viejos salen volando espantados, los polluelos corren al agua para escapar nadando. Sería fácil cazar a los gansos viejos, muy sabrosos,

como también de coger algún polluelo, para criarlo en casa. Aquí esto se hace con frecuencia, porque en cautiverio crecen y engordan muy bien, se ponen mansos, hasta que algún día terminan en la cocina.

De súbito, el señor Lauezzari detiene su caballo.

-¡Mi caballero, ahora pruebe esta vertiente!-, me dice.

Yo veo un retazo de tierra cubierto con pasto fresco y de un hermoso verde, emplazado en la planicie de color café y de aspecto seco. En el suelo hay una lata vacía y oxidada, que el pastor me pasa con un gesto amable. Yo me tiro al suelo, cuan largo soy, empujo el pasto hacia el lado, y allí surge una extraña fuente de agua, borboteando desde el suelo. Lleno la lata oxidada, pruebo el agua y miro interrogante al señor Lauezzari, quién riéndose se encuentra parado a mi lado. Vuelvo a probar y entonces bebo a grandes sorbos.

Es el agua mineral helada más exquisita que he bebido en mi vida. Es una de las tantas fuentes de agua mineral saludable que se encuentran aquí.

Nuestro camino pasa por la selva virgen. Estos bosques no son tan tupidos como los del centro de Chile, que recibe mucho más lluvia. Pero los troncos son nudosos y corroídos, tienen una circunferencia apreciable. Allí donde el viento los toca, muestran formas grotescas. Las más de las veces yacen revueltos en el suelo. De vez en cuando se encuentran también bosques completos que están muertos, desolados o quemados. De aquí la estancia se provee de la leña que necesita para su consumo en las calderas, los locomóviles, los tractores y los innumerables hogares, que durante todo el

año arden en todas las piezas. En consecuencia, hay que mantener enormes reservas para los días en que el viento helado sopla los meses de invierno sobre la capa de nieve durante meses enteros. Carbón es aquí un concepto desconocido. Si aquí no hubiera bosques, la permanencia sería imposible.

El automóvil atraviesa ruidosamente la pampa en dirección a la cordillera. De qué manera tan admirable se ha unido acá la pampa con las montañas salvajes, la cadena refulgurante de lagos, los brillantes ventisqueros y los bosques con sus árboles siempre verdes.

Ciertamente, el Cerro Guido es un regalo precioso de Dios, el lugar más hermoso de Patagonia, y estoy agradecido de mi destino que me ha llevado hacia acá.

Hacia el otro lado, hacia el Este y el Norte, se extiende como un mar la pampa propiamente tal, cubierta de pasto que pasa hasta la Argentina, hacia el Océano Atlántico, llegando arriba casi hasta Buenos Aires; una planicie única y lisa, casi tan grande como partes enteras de Europa, sin árboles ni arbustos, sin elevaciones: la pampa desolada.

De súbito, en una vuelta, ya muy arriba en una montaña accidentada, se encuentran parados delante de nosotros, como surgidos del suelo, algunos animales de color rojizo-café, del tamaño de una mula mediana. Los cuellos estirados, las orejas largas extrañamente puntudas; delante de la manada, que permanece inmóvil, mirando hacia nosotros, está valientemente el animal guía. Pisa de vez en cuando con las patas delanteras y largo de repente una risotada. Yo tomé a Lauezzari del brazo e indiqué mudo hacia aquellos animales.

-¡Esos son guanacos salvajes! -dice mi compañero-. De esos animales usted aún verá cientos y miles cuando lleguemos más arriba de la selva.

El guanaco nos siguió un par de pasos,

volviendo a reírse. Esa risa suena como si se riera un anciano añorado. Estos sonidos no tienen nada de un animal.

-¡Dispárenle a ese viejo cabrón! -me dice Lauezzari-. Ese ya no vale nada, la manada lo ha expulsado, pues entonces no estaría parado tan separado de los otros.

Nosotros nos detenemos y yo saco mi pistola automática. Ese gran guanaco también permanece parado, inmóvil, como nosotros, a unos cincuenta pasos a la izquierda y nos ofrece su costado.

No tiene sentido disparar a esta distancia, digo, pero apunto cuidadosamente al animal. Cuando sale el disparo, el guanaco cae al suelo, como tocado por una maza, y se desploma. ¡Suerte casi inverosímil del cazador!

Después que he quitado la piel

trabajosamente, para llevarla como recuerdo a la patria, se juntan en el aire águilas, cóndores y jotes. En pocas horas, solamente huesos limpios anunciarán que aquí un viejo cabrón de guanaco se ha reído de mí, pagando por ello con su vida.

Ahora continúa el viaje rápidamente, pasando por sobre profundos hoyos, a través de vertientes, pequeños ríos, sobre rocalla y a través de cercos de alambre, que son vueltos a cerrar cuidadosamente. De vez en cuando, el camino termina totalmente y nosotros seguimos adelante lo mejor que podemos. Sucede también que las huellas de las ruedas son tan hondas, dejando en el centro un montículo alto por el que el eje pasa rozando. Pero en algunas partes, este montículo es tan alto que nos obliga a crear una pasada nueva, y donde esto no se puede, hay que separar el obstáculo. Me causa miedo como observador inactivo y también como antiguo conductor de autos, siéndome difícil quedar sentado tranquilo, cuando



Lauezzari pasa con alta velocidad sobre los obstáculos, sobre piedras altas y rocas, sobre el lomo de tierra que han dejado las grandes ruedas de las carretas.

-Pronto terminará el camino totalmente -me dice Lauezzari-, y entonces sepa que estos caminos son para mí algo cotidiano y que entonces tengo bajo mí, el viejo y sufrido veterano de la pampa de patas altas. Un coche alemán, con sus ejes bajos, en ningún caso podría transitar en estas regiones. Los americanos, en especial Ford, se han acomodado desde un principio a estas dificultades, y por eso usted se dará cuenta que aquí, en todas partes, circulan estos coches americanos.

Mi vecino tiene razón, el "camino" termina ahora totalmente. A la izquierda se elevan rocas, a la derecha caen abruptamente hacia el lago. Piedras y guijarros caen hacia la profundidad cuando pasamos encima. A veces hay apenas medio metro de espacio entre el abismo y las ruedas laterales. Y a pesar de eso, pasa riéndose a gran velocidad. De otra manera no llegaremos.

En este instante cambia todo para bueno. Bosques como parques nos reciben, después siguen trechos de bosques vírgenes salvajes, en séguida un trozo de estepa. Innumerables gansos silvestres pastan pacíficamente sobre ella, avestruces huyen espantados y los guanacos se ríen insolentemente de nosotros. El lago se extiende a nuestro lado. Es el tercer lago grande que estamos bordeando y, a través de un claro, divisamos entonces un cuadro impresionante.

Esas montañas escarpadas, abruptas y cubiertas de nieve, la meta de mis ansias, mis deseos, el enorme Cerro Payne; en verdad, un macizo montañoso se refleja en las aguas, se encuentra muy cerca de mis ojos.

Ahora nos queda solamente un breve trecho. Escuchamos ladridos de perros alrededor de nosotros. Nos acercamos a dos pequeñas casas de madera. Paramos, la subestación Lazo, que depende de la Estancia Cerro Guido y que pertenece a ella, ha sido alcanzada.

Me es permitido vivir muchos días en esta tierra montañosa, rica en maravillas. ¡Qué sorpresa cuando desde la altura de un cerro la mirada recorre los alrededores! Hasta donde

alcanza la vista, lago al lado del lago, una infinita cadena de joyas preciosas. Y cada lago tiene otro colorido. Uno es azul oscuro, claro como el cielo sobre mí, espumosa se vierte el agua en cataratas enormes en su vacino, que luce verde como un zafir, a su lado tiene un lago con aguas de color café oscuro, otro tiene el color de polvo de cal blanca. ¡Y cada lago tiene otro nivel! Sí, también aquí, en una altura de casi dos mil metros brilla un lago junto al otro, en los cuales se escurren los ventisqueros. Y estos lagos no están congelados.

Allí está el enorme Lago Sarmiento, al otro lado el Lago Toro que le asemeja en tamaño y belleza, al fondo el Lago Nordenskjöld que envía sus aguas por dos grandes cataratas al Lago Toro, del cual, a través del Río Serrano, llegan al Última Esperanza y por este al mar.

Pero, lo más maravilloso es la enorme montaña que ahora se eleva tan cerca de mí, el tan escarpado Cerro Payne, la montaña más fascinante que la fantasía puede concebir. De todos los lados se deslizan hacia abajo enormes glaciares plateados que se escurren, reflejándose en las aguas claras de los lagos azules. Grandes témpanos flotan en ellos, de vez en cuando desprendidos de las masas de hielo. Y al Cerro Payne se agrega como una cadena la cordillera restante. Allá están primero los ventisqueros de los Cerros del Diablo, en seguida viene el Donoso, el enorme Balmaceda, y cerrando la cadena hacia la izquierda, la Sierra Prat.

Enormes son las extensiones de hielo eterna y de nieve que cubren extensas superficies, brillando hacia donde estoy yo, de tal manera que me duelen los ojos y tengo que ponerme mis gafas de protección para poder mirar.

Jamás el pie de algún hombre ha pisado esta región. Nadie sabe lo que se encuentra detrás de los campos de hielo y nieve, detrás de las montañas que hacia el Oeste deberán descender. Todo es tierra desconocida y aún no explorada.

¿Cuándo serán resueltas estas incógnitas? ¿Quién será el descubridor?

Estoy mirando ensimismado este espectáculo que ofrece la naturaleza. Ciertamente, nunca he visto algo semejante en mi vida tan rica en aventuras.

Y lo más maravilloso allá, donde las enormes montañas se extienden hacia el cielo,

en sus faldeos, a los lados de los ventisqueros, suben las extensas selvas vírgenes con su follaje siempre verde. Millones y millones de árboles gigantes derribados por las tempestades detecto allí con mis potentes binoculares Zeiss. Estos trechos aparecen a simple vista como cascadas de color café que bajan entre este bosque verde que ha permanecido en pie.

Esto es ese país de maravillas ¡Chile! ¡Qué bosques, praderas, faldeos en flor y árboles siempre verdes se encuentran directamente junto a glaciares, compitiendo en exuberancia, grandeza y hermosura, donde pastan avestruces salvajes, en que las ovejas en invierno, cuando todo está sepultado bajo la nieve, y tendrían que morir de hambre, encuentran árboles siempre verdes. Eso es posible sólo aquí, en el confin del mundo.

Nosotros queremos proseguir, acercarnos más a las maravillas. Delante de nosotros, el cerro donde nos encontramos cae abruptamente. El fuerte viento no permite hablar y en consecuencia Lauezzari sólo indica hacia abajo y al otro lado, donde se encuentra un cerro semejante, pero un poco más alto que el nuestro.

¡Dios mío!, pienso bajar allá.

En ese momento, el caballo del guía ya ha recibido un espolonazo, da un salto y obediente comienza a bajar, a deslizarse, a tantear, tragándose lentamente en zig zig la terrible cuesta hacia abajo.

Y allí siguen también los pastores a caballo, quienes cabalgan como el diablo y que conocen esta selva, que es su patria perfectamente y en la que se mantienen las ovejas entregadas a su cuidado. Ellos conducen los caballos de carga, que llevan mi equipamiento y las filmadoras, mediante las



riendas. Casi se me paraliza el corazón cuando veo desaparecer la cabalgata, envuelta en una nube de polvo, en este precipicio. Ahora también mi buen animal recibe las espuelas y salta al faldeo, tanteando cuidadosamente hacia abajo, ahora se desliza, resbala, avanza trotando, bajando siempre por esa espantosa ladera de piedras.

Ahora estamos abajo, hombres y animales, como tirados del agua. Aquí, totalmente protegido del viento, el bosque se extiende al infinito, existiendo entre medio manchas fértiles de pasto. Esta es una de las partes más valiosas de la estancia, hace pocos años era ignorada y fue descubierta gracias a la osadía de un viejo pastor.

Naturalmente no vive ningún ser humano por estos lados. Se podría vivir aquí por años enteros, sin encontrarse jamás con un ser humano. Enormes paredes rocosas se elevan por todos lados. Selva virgen con árboles de troncos inmensos cubren el suelo, hermosas cascadas, lagos con agua clara y helada de los ventisqueros, fluyen a borbotones a nuestro lado.

Aquí se encuentra el reino del puma, el león plateado chileno. Antigüamente vivía de los ciervos, de los guanacos, de las avestruces y de otros animales pequeños que aquí hay en abundancia. Hoy ha recibido el cordero manso y gordo, aumentando su dieta con el -y por eso es perseguido, ahuyentado, desterrado de su reino, destruido y eliminado-. Porque un solo puma mata en una sola noche hasta treinta corderos; y 5 pumas ha cazado el pastor Lazo en un solo invierno.

-¡Aquí desearía quedarme!-, digo.

-¡Hágalo usted, nadie se lo impide! Nosotros le colocaremos una carpa o le construiremos una pequeña choza, usted recibirá dos caballos y un pastor. Para beber y comer tiene de sobra. Usted puede cazar, filmar, fotografiar, cabalgar, cazar pumas, recorrer la selva por días enteros. También puede obtener mi canoa para descubrir una nueva pasada hacia Última Esperanza. Usted será dueño, rey, soberano de este territorio, tal como lo es el puma.

Yo apreto la mano del buen Lauvazzari, es un compromiso. ¡Yo volveré!

Y así llega el último día para Lazo, otra vez vamos a las montañas salvajes, los ventisqueros y las pendientes de mi querido Cerro Paine. A mis pies, la cadena de sortijas de los lagos en todos sus colores brillantes, el reino del puma con la enorme selva virgen, las quebradas y las alturas, los bosques quemados. Lentamente cae la tarde con su colorido dorado. El sol está sobre la cumbre del Cerro Guido, hacia el cual debemos ir mañana, un último saludo hermoso e indescriptible de la naturaleza hacia mí.

En este instante surgen volando varios pájaros divertidos que se posan sobre las ramas de un árbol. Dudo de lo que mis ojos ven.

-¡Hombre, Lauvazzari, venga a ver, pero esos son papagayos!

-Bien, y eso se lo he dicho ya el primer día.

-¡Aquí papagayos, al lado de los ventisqueros!

-Y por qué no, los árboles siempre verdes también crecen al lado de ellos enmarcando también a los ventisqueros, y también hay avestruces, pumas, guanacos y liebres.

La tarde es tan hermosa, es mi última

tarde, y en eso me invade una loca alegría de vivir. Yo grito algo a mis acompañantes. ¡Júbilo! Estoy tan loco como lo hacen siempre los indómitos hombres, los pastores, diablos montados, cuando cazan algo. ¡Quiero cazar hoy un avestruz joven vivo!

Una madre avestruz huye espantada de nosotros en el instante que me acerco. Perseguirla sería insensato, jamás podría ser alcanzada en este terreno. Pero sus polluelos corren indecisos hacia todos lados, tan rápido como lo permiten sus piernas largas con sus extraños tres dedos. Cada uno de nosotros persigue a un polluelo avestruz.

Es una cacería tan indómita y salvaje como toda la vida aquí, tan espectacular como la naturaleza que nos rodea. ¿Quién piensa en su caballo o en sí mismo?

Yo veo delante de mí sólo al avestruz que huye en zig-zag y escapa. Viro mi caballo con dificultad. Este avanza en un galope salvaje, resopla y se extiende, saltando sobre algún árbol caído. Tropieza y evito la caída mediante un fuerte tirón de las riendas. ¡Es una carrera desenfrenada, desbocada! Ahora he encerrado al pequeño avestruz, tiene que bajar la cuesta pronunciada hasta la ribera del lago. A la derecha hay una roca alta y de la izquierda vengo yo corriendo. En ese instante el animal se extiende sobre el suelo y mete la cabeza bajo los mochos de sus alas aun no desarrolladas. De un salto bajo del caballo, pesco al avestruz que patatea fuertemente. Amarro sus piernas con mi pañuelo y felizmente logro montar con mi carga, que sigue agitando para librarse, y me reuno con mis acompañantes.

Cuando tratamos otra vez de entrar al bosque, el señor Lauvazzari detiene su caballo, me quita de un tirón el avestruz de mis brazos y señala mudo hacia adelante.

Yo bajo rápidamente y mi caballo se queda parado en el instante en que dejo caer las riendas al suelo. Tiro mi pistola. Delante de mí, distante unos diez a quince pasos, se encuentra sentado un animal muy hermoso, del tamaño de un gato grande. Su piel linda, de pelos largos, lleva arriba dos franjas blancas; la cola grisácea se erige hacia arriba, como las ardillas.

-Un skunk -me dice Lauvazzari-, ¡pero dispáre!

El animal demuestra intenciones de



continuar su camino, cuando quiero acercarme. En este momento se detiene, se vuelve hacia mí y me mira con ojos amables, como si quisiera decir: ¡Venga no más, yo no te haré nada!

Entonces mi compañero me ordena bruscamente: ¡Por Dios, ningún paso hacia adelante y dispáre por el diablo! En ese momento levanto mi arma y en el instante en que suena el disparo y el skunk se desploma, casi me desmayo. Un olor realmente bestial llena el aire. En esa posición de espera, el animal ha disparado a través de sus piernas su terrible carga, ese veneno hediondo hacia mí. Da con toda seguridad en el blanco a una distancia de cinco a diez metros. Entonces me doy cuenta que el valioso skunk y ese horrible animal hediondo son la misma cosa.

Ninguna persona, que no lo haya vivido, puede hacerse una imagen del terrible hedor que despiden ese pequeño animal peludo. La hediondez es tan insoportable, tan terrible, tan aturdidora que ningún animal de la tierra se atreve a acercarse siquiera a un chingue, y que casas, en cuya cercanía esos animales han disparado su líquido, quedan casi inhabitables. También me explico ahora porqué el señor Lauvazzari no toca ninguno de esos valiosos skunks que en invierno rodean su casa de a cientos, prefiriendo comprar pieles aireadas, que ya no tienen olor alguno.

-¡Deje botado ese animal!- me dice Lauvazzari.

-Yo, dejar tirado ese mi primer skunk, el primero legítimo, de cuya legitimidad estoy seguro, que en Berlín o Leipzig haya sido degradado a un skunk de la piel de algún conejo, eso sería un pecado.

-Entonces usted mismo debe llevar ese animal- dice mi otras veces tan amable anfitrión. Ninguna mirada suplicante sirve ahora. Se rien hasta los pastores. ¡Pero que

tienen que reírse esos!

Con cuidado empujo la cola del chingue con las puntas de las botas hacia su cuerpo. Usando las puntas extremas de los dedos giro una cuerda por el cuerpo y la cola del animal; otra vuelta por el cuello y amarro el "bicho" cuidadosamente a mi derecha en la montura, muy atrás, para que mi vestimenta no entre en contacto con él.

Ahora me lanzo contento a la montura y me encuentro de repente solo, los demás se han alejado como el viento.

Como un viento fuerte sopla a nuestras espaldas, empuja el terrible hedor hacia mí. Lo que yo tengo que soportar sobre mi silla es indescriptible. Lucho con un gran malestar. ¡Ni el pañuelo delante de la nariz sirve algo, casi me desmayo!

Despiadadamente sopla el viento el olor desde mi derecha a través de mi vestimenta y por sobre mí. Quiero tirar el animal, pero cuando pienso en esas caras de risa de mis acompañantes recurro a mi fuerza de voluntad y cabalgo como el mismo diablo, las furias hediondas detrás de mí, hacia la casa.

Allá más caigo que bajo de la montura. En un lugar tranquilo, ofrendo, como no lo había hecho ni como cadete marino, cuando sufrí el mal de mar por primera vez. Y sólo entonces mi amigo Lauvazzari me ahorra el trabajo de tener que sacar yo mismo la piel del skunk.

Me desnudé totalmente y colgué mi ropa en el fuerte viento. Ésta está totalmente apesada, a pesar que le ha tocado sólo un hálito de la pestilencia. En seguida froto mi cuerpo, casi hasta quitarle la piel. De ese, mi primer chingue, que lleva el nombre tan inofensivo de skunk, me acordaré toda mi vida, mientras su piel se encuentre en manos de mi amable esposa.

CARTAS

«Las cosas bellas exigen sacrificios»

Ciudad de Holguín-Cuba
Jueves 25 de mayo de 1995
A Carlos Vega
Director de «Impactos»

Le hago llegar estas líneas, pues encontré vuestra dirección en una revista española.

Como soy poeta y narradora, y por acá estoy limitada en las publicaciones, le envío estos textos de mi autoría, para ver la posibilidad de incluir alguno de ellos en su publicación-literaria.

Es mi interés que responda y envíe un ejemplar de su publicación.

En espera de su atención al respecto, me retiro, deseándole salud y mucha suerte.

Un abrazo cálido.

Elmys García.

Elmys García Rodríguez. Calle 21 N° 28. Juan Moreno y Carralero. Reparto: Sanfield. Holguín CUBA (CP. 89499).

N. de la D.: Elmys, ahí van dos de tus poemas:

CONFESIÓN DE MEDIANOCHE

Soy
una gata siniestra
que sube a los tejados
buscando la clave del enigma.

ATARDECER

Al parque San José

Laberinto de mis ideas
caminante de los signos.
Volcán
adivinando la ciudad.
Veo imágenes que se fugan
y el horizonte poblado de gorriones.

guardo el equilibrio en los zapatos
y salgo a capturarle
bajo el humo de tu voz.

Río Grande, julio de 1995
Sr. Director de Impactos
Punta Arenas

He tenido la gran oportunidad de encontrarme en un negocio de mi pueblo con una edición de la revista Impactos, la cual me agradó sobremanera, porque en ella incluye material de lectura que aprecio y recopiló las veces que me es posible.

Creí de un valor sumamente cultural los temas que en ella se desarrollan y, por otro lado, el precio de la misma es muy accesible a cualquier bolsillo. Por lo pronto, cuando me encontré en mis manos con esa revista, creí que me estaba perdiendo de un importantísimo material cultural.

Desde ya, debo decirles que por suerte ya tengo en mi poder varios números y seguiré en la búsqueda de más ejemplares.

Debido a la buena predisposición que tienen para hacer trascender obras tanto de cuentos, poemas, relatos históricos, etc., de autores que no son mayormente conocidos y lamentablemente no tienen donde publicar sus obras o les es muy caro, quiero felicitarlos y alentarlos que prosigan en ese camino de hacer valer nuestra identidad cultural, y digo nuestra porque para las letras fueguinas y patagónicas las fronteras son meros puntos en un mapa. La idiosincrasia cultural en ambos pueblos es casi la misma, si no es igual, y por eso se valora en las páginas de Impactos tanto a autores chilenos como argentinos hermanados en las letras y el pensamiento. Es mi intención, contando con la aprobación del director de la misma, poder participar o tener un pequeño espacio en la revista para publicar algunas de mis cosas. Hace poco presenté 13 poemas para ser incluidos en la Primera Antología Poética Fueguina, cuyo aval más importante fue el gobierno provincial. Nací en Comodoro Rivadavia en febrero de 1955, tengo cuatro hijos y fui trasladado a Río Grande con la empresa Y.P.F. Ahora tengo 39 años y he decidido publicar mis escritos.

Saluda atentamente a Ud: Miguel Angel Pinto. Pasaje Sargento Cabral 940. Río Grande (9420). Tierra del Fuego.

N. de la R.: ¡En las páginas 32 y 33 va publicado tu cuento «El viejo de mi pueblo». Si quieres completar tu colección de Impactos acércate a Oscar Domingo Gutiérrez, alias «Mingo», en Radio Nacional de Río Grande. Y lo último. Así como bien dices que para las letras fueguinas y patagónicas las fronteras son meros puntos en un mapa, creo que deberías pensar en lo mal puesto que estuvo el nombre de «Primera Antología Poética Fueguina», si sólo hubo escritores de un lado del alambre.

Supermercado "EL FAVORITO"
Boutique "IMPERIO"
Cambios "ORO NEGRO"

Manuel Bulnes 1085-1083-1053 * Fono: 411114
Fono/Fax 412740 - Puerto Natales - CHILE

Lan Chile
CADA VEZ MAS ALTO

VENTA Y RESERVA 247079
PASAJES 241232 243339 247783
CARGA LAUTARO NAVARRO esq. PEDRO MONTT

AEROPUERTO 213211

Distribuidor al por mayor y menor

BODEGA DON ZOILO

Papas, cebollas y ajos.

Se atienden pedidos desde Argentina.
Errázuriz 452, teléfono 243734, Punta Arenas, CHILE.

CARNICERÍA "PORVENIR"

Antonio Ivelic y Cía. Ltda.

Ofrece a su distinguida clientela carne de alta calidad al más bajo precio y con la mejor atención.

Somos los mejores ¡Prefiéranos!

Errázuriz N° 600 - Punta Arenas - CHILE

GINNASIO - SOLARIUM - SAUNA

Complejo Solarium

Yugoslavia 926 Fono 221148 - Punta Arenas

Electrónica Stipe

Antenas de TV.
Booster para 12 y 220 Volts.
Cables, accesorios y conectores.

José Nogueira 1252 • Fono 241151 • Punta Arenas

Torneería y fresado

J E R I A

- * CONFECCIÓN Y REPARACIÓN DE PIEZAS MECÁNICAS.
- * REPARACIONES HOMOCINÉTICAS.
- * MECÁNICA EN GENERAL.

ARMANDO SANHUEZA N° 318 - FONOFAX 241519
PUNTA ARENAS - CHILE